ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero

EL HIDALGO LUNATICO

El Hidalgo Lunático desvela a Corsi el secreto tan bien guardado durante años; es su padre y el de Luys, ambos son hermanos gemelos y fueron abandonado por su progenitor pues al nacer provocaron la muerte de su amada esposa. Establecida la complicidad entre Corsi y el Hidalgo, irrumpe en escena la historia de unos nobles que viven un episodio pastoril hasta que es descubierto el marino Gianfosco, un buen hombre que mató a un noble amigo de los anteriores por defender su honor; a partir de ahí, detención de Gianfosco, terrible venganza de los nobles, liberación, intervención de Corsi y el Hidalgo en su ayuda.



Arnaldo Visconti

El hidalgo lunático

El Galante Aventurero - 06

ePub r1.0
xico_weno 15.08.16

Título original: *El hidalgo lunático*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero


EL HIDALGO
LUNATICO

Capítulo primero

EL PEÑÓN DEL CHIFLADO

En los albores del siglo XVI, y aunque germinaban ya en ciertos aspectos las escépticas enseñanzas del Renacimiento, no por eso se habían extinguido ni mucho menos las abundantes supersticiones del medievo.

Si la tierra entera era propicia a fomentar leyendas y narraciones en las que desempeñaban principal papel trasgos y fantasmas, la isla de Córcega, ruda, áspera e indomable, vivía en un ambiente muy favorable a la credulidad en los poderes sobrenaturales cuando sucedían hechos de explicación dificultosa.

Al sur de Ajaccio, la capital corsa, existía en el litoral una diminuta península formada por un compacto peñasco de considerable altura, que había surgido de las aguas, y se unía a tierra firme por una estrecha lengua de tierra arenosa a modo de minúsculo istmo.

Cuando soplaba con violencia el cálido siroco africano, y las olas se encrespaban, anegando el istmo, quedaba el peñón solitario y aislado.

La verídica historia transmitida por los pescadores que antes iban a marisquear en aquel lugar, era singularmente original.

En el año 1456, el peñasco era asilo de aves y reptiles, hasta que a mediados de dicho año, vieron algunos pescadores, que por el estrecho istmo desfilaba como en procesión una hilera de monjes.

Pero eran unos extraños monjes, porque si bien llevaban sayal y cogulla, en vez de rosario o breviario, sostenían sobre sus hombros, entrecruzándolas, dos herramientas: una pala y un pico.

Los pescadores se hicieron a la mar, porque tenían que atender a sus tareas, pero ya en sus ánimos muy propensos a ver misterios y

fantasmagorías, había dejado una honda impresión el lento desfilar de la procesión que alguno calificó como de monásticos sepultureros.

Cuando regresaban a tierra, miraron hacia el peñón y al verlo como siempre desnudo de toda presencia humana, supusieron que los misteriosos monjes habían partido hacia otros lugares.

Renacieron los comentarios para todos los gustos cuando supieron por sus mujeres que, desde al atardecer anterior, hora en que habían sido vistos los extraños monjes, hasta el amanecer, no habían aquéllos cesado de repicar, excavar y sacar tierra del peñasco.

Pero el peñón aparecía desierto, cuando los primeros rayos del sol teñían de sonrosados matices la parda mole.

Varios jóvenes pescadores, a los que la clara luz del sol daba un valor que las sombras nocturnas les quitaba, pusiéronse en marcha desde la aldea, y atravesando el istmo, acercáronse a la base del roquizo peñón.

Lo primero que contemplaron fue que, aunque toscamente, en los blandos espacios lisos entre rocas, había como unos entrantes lo suficientemente anchos para permitir el apoyo de pies humanos.

Ascendieron uno a uno por aquella escalera artificiosamente creada en la noche, y después de escalar una veintena de metros, llegaron a una pequeña plataforma donde los cinco cabían.

Por encima de sus cabezas divisaron entonces varios hoyos, que antes no existían. Unos hoyos de poca anchura que permitían la entrada de un cuerpo humano. Pero no se aventuraron por ellos; estaban detenidos y mirándose unos a otros, con incipiente alarma temerosa.

Sorda, aunque distintamente, llegaban a sus oídos, unos ruidos semejantes a continuo redoblar de atabales, procedentes de las entrañas del mismo peñasco.

Tal vez hubieran huido, de no ser que el descenso por las escaleras que habían usado, presentaba dificultades para una carrera.

Además, habíanse jactado de que lograrían averiguar lo que allí había sucedido, y no querían ser objeto de las burlas de sus compañeros.

Armándose de valor, uno de ellos gritó, a la usanza marinera:

—¡Ehoeeé!

El clamor que servía para advertir humana presencia a naves, repercutió por los peñascos, y algunas aves que dormitaban en la cima, revolotearon elevándose.

Uno de los pescadores crispó su diestra alrededor del brazo del que acababa de lanzar la marinera exclamación estentórea.

Por uno de los hoyos abiertos a una decena de metros sobre la pequeña plataforma, asomó primero una cabeza humana, y después un busto. Por fin, un monje, descendió con parsimonia y lentitud por algunos de los recién tallados escalones.

Nada tenía de particular ni amenazadora su figura, y por eso uno de los expedicionarios, saludó.

—Dios os guarde, señor monje.

—A todos nosotros, hermano pescador —replicó el revestido de sayal y cogulla, en buen italiano y gravemente.

—Y el cielo nos libre de los engendros del mal y confunda a Satán —añadió, en exorcismo, el pescador.

Viendo que el monje asentía con unción, y no se transformaba en azufre y fuego, quedaron ya más tranquilizados los pescadores, pero agotada su elocuencia, no sabían por dónde iniciar conversación que les permitiera aclarar lo que motivaba la venida de los extraños monjes y los ruidos que seguían oyéndose.

El monje, hombre ya maduro, debió adivinar la natural curiosidad de los improvisados visitantes, y explicó con claridad cuanto atosigaba a la aldea.

Formaban una comunidad griega, que sin deseos de complicaciones mundanas, habíanse visto envueltos en persecuciones cruentas, y decidiendo abandonar el archipiélago donde residían, habían atravesado la isla corsa para instalarse en el peñón, que les pareció sitio ideal para su aislamiento místico.

Socavaban para instalarse provisionalmente, y más tarde, lentamente, irían construyendo en la cima una ermita-convento.

Ya completamente convencidos los pescadores de que nada tenían que temer de aquellas gentes de cogulla, abandonaron el peñón.

Espontáneamente, por caridad, dentro de sus humildes medios, fueron surtiendo a los monjes de pescado, fruta y verdura, y al pasar de los años, lentamente, en la cima del peñón elevóse la

edificación de poca altura —pues constaba sólo de una planta—, donde comunicando con los subterráneos abiertos en la entraña de la roca, quedó enclavada una ermita.

Finalizaba el siglo XV, y los monjes seguían viviendo en buena armonía con los pescadores, cuando asoló la costa de Ajaccio una rápida y feroz incursión de un pirata bereber, que con diez galeotas, además de llevarse numerosos cautivos, tomó sangrienta represalia contra los que consideraba enemigos implacables de su religión mahometana.

Uno a uno, los monjes fueron empalados y sus supliciados cadáveres quedaron visibles, empotrado el recio palo que los atravesaba, en el muro que circundaba la mansión conventual.

Los varones pescadores se salvaron por hallarse en alta mar, dedicados a su menester.

Al regreso, encontraron sus hogares arrasados y convertidos en cenizas. Algunos de ellos no quisieron sobrevivir y diéronse muerte sobre las mismas ruinas materiales de cuanto representaba su felicidad.

Los otros, pacientemente, con barro, maderas y piedras, reconstruyeron chozas. La vida siguió su curso. Buscaron esposas en aldeas vecinas.

Pero el peñón permaneció inhabitado, y desmoronáronse con el tiempo los esqueletos empalados. Bandadas de cuervos revoloteaban por la cima.

Los negros lagartos y demás reptiles campeaban libremente a sus anchas en el abandonado recinto conventual.

Persignábanse siempre los pescadores, cuando de noche veían lucecitas rondar por el peñasco. Eran fuegos fatuos, las emanaciones del fósforo exhalado por los huesos sin sepultura, pero para los ingenuos hombres del mar, las luminarias eran almas en pena.

Nadie se acercaba al istmo.

Una noche, ya iniciado el siglo XVI, un viejo pescador que ya sólo podía remendar redes de poco cordaje, estaba plácidamente sentado al umbral de la mísera choza en que vivía, cuando se le erizaron los cabellos y, dilatados los ojos, se persignó invocando la celestial ayuda.

Lo encontraron yerto y sin sentido al amanecer. Tardó en recuperarse, y cuando estuvo en condiciones de hablar, contó lo que

había visto.

¡Los monjes habían vuelto! ¡Desfilaban en lenta procesión de fantasmas!

Juraba y perjuraba que sin visiones ni alucinaciones, había perfectamente divisado cómo una veintena de encapuchados, el mismo número de monjes empalados, desfilaba, atravesados en los hombros picos y palas, procedente de tierra adentro, y que desapareció en las oquedades del peñón.

En el centro de la comitiva, había algo a modo de catafalco, transportado por cuatro de ellos, y llevaban hachones encendidos.

Pero no era esto todo. Alrededor de aquella caravana fúnebre deslizábanse animales parecidos a perros de gran talla, que no eran más que —según el propio pescador y con gran convencimiento de cuantos le escuchaban— diablos, que encarnaban preferentemente en cuerpo de canes.

Había por entonces en la aldea, un pescador taciturno, joven y de pocas palabras. Era siciliano, y reíase con apagada sonrisa, de las supersticiones de los demás.

Afimó que solo, armado únicamente con un garrote, iría a explorar el peñón. Todos los que le oían prorrumpieron en exclamaciones de espanto y lamentaciones.

Querían evitar que Gianfosco, que así se llamaba el siciliano, fuese a desafiar la cólera de los espíritus diabólicos.

Fingió Gianfosco rendirse a las súplicas de sus compañeros, que persistían en que el turbar el ámbito donde reinan los espíritus acarrea grandes males en varias leguas a la redonda.

Transcurrió el día, y aparecían las primeras sombras del crepúsculo, cuando Gianfosco, sin ser visto, contorneó el litoral, para desde atrás del peñón, lanzarse al agua y a nado ganar la pequeña península.

Estaba despojándose de la camisa y de sus botas, cuando con veloz gesto asió el pesado garrote que llevaba por toda arma, y con la que pensaba explorar el peñasco.

Una sombra vaporosa, tenue, que casi parecía flotar en el aire, acercábase a su encuentro por la arena…

—Giacinta —murmuró, asombrado, al reconocer a la que en un principio y por unos instantes creyó primera aparición espectral.

Era una de las hijas del más prolífico pescador de la aldea. Una

muchacha delicada, enfermiza, de grandes ojos color de las violetas del campo, soñadores.

Ella habíase sentido atraída por el taciturno siciliano desde la llegada de éste a la aldea, solicitando trabajo. Pero para Gianfosco, la delicada Giacinta no era más que una niña falta de alimento y salud.

—¿Qué haces aquí, Giacinta? —inquirió Gianfosco, con su habitual brusquedad de hombre rudo que desconoce galanterías—. Tu padre te ha dicho muchas veces ya, que no debes pasear demasiado. Te fatiga. Anda, apóyate en mi brazo y te llevaré junto a los tuyos.

Irguió la cabeza la muchacha, con infantil enojo.

—¡No quiero! Te he vigilado durante el día entero, y adiviné que no abandonarías tu propósito de ir a visitar el peñasco de las ánimas.

—No seas estúpida… No hay ánimas…

—¡Estúpido tú mismo! ¡Grosero! Me exaspera tu soberbia. Te crees muy superior a los demás, porque dices no creer en los fantasmas y no eres más que un tosco marinero engreído y salvaje.

La colérica actitud de la mujer, casi una niña, en vez de enojar al de costumbre poco paciente Gianfosco, le divirtió.

Y extrañamente, se sintió protector, compasivo, dispuesto a aplacar a la adolescente.

—No me tengas rencor, Giacinta. Soy como soy. Pero no por soberbia ni por suponerme superior a nadie. Procura escucharme con atención. ¿Qué sucederá si yo no voy a ver lo que ocurre en el peñón? Todos vivirán allá en la aldea en continuo temor. Cualquier ruido natural de los que por la noche se oyen en la quietud de la aldea, les parecerá a las mujeres que son pasos de diablos y trasgos. Yo no presumo de valiente, Giacinta. Tengo también miedo, pero voy a buscar las causas. ¿De qué sirve acurrucarse y temblar? Se muere lentamente de angustia. Hay que salir al encuentro de lo que nos produce pánico y siempre se averigua que la causa que se nos antoja sobrenatural, es algo muy lógico y que tiene explicación. Anda, sé buena chica y vete a la aldea, sin decir nada de cuanto te he explicado. Pronto regresaré yo, y todos nos reiremos de nuestro miedo.

—No quiero… —dijo ella, con menos vigor—. Vuelve tú

conmigo a la aldea.

Gianfosco, endurecida la mirada de sus ojos pardos, advirtió con sequedad:

—Detesto las mujeres dominantes, Giacinta. Soy muy hombre para admitir órdenes de nadie, y menos de mujer. ¿Tú quieres que seamos amigos?

—Sí. Con toda mi alma —musitó la muchacha, fervorosamente.

—Entonces, obedéceme.

—Es que… ahora tengo miedo de volver sola por el campo. Llévame contigo.

—No seas niña. Tengo que nadar una milla.

—Yo nadaré contigo.

—Allá puede haber malos espíritus.

—¿No dices que no existen?

—Pueden ser genoveses o franceses y te darían muerte.

—Contigo defendiéndome, al infierno voy.

La pasión y vehemencia con que hablaba la muchacha, iluminaron de pronto el entendimiento del siciliano.

Miró con nueva expresión a la que en pocas palabras, acababa de declarar su amor.

—Si conmigo al infierno vas, contigo a la gloria iré —dijo, con sonrisa que modificaba la dureza de sus rasgos faciales—. No debería llevarte al peñasco, Giacinta. Pero como tengo la certeza de que no existen fantasmas ni puede haber maldad contra un pescador como yo y una niña delicada como tú, acepto tu compañía. Pero no quiero que te expongas a coger frío ni te fatigues. Buscaremos una de las lanchas del viejo Matías.

Poco después, en la lancha, remaba vigorosamente Gianfosco, mientras que, sentada en la proa, Giacinta le miraba complacida.

Y para ahuyentar el pensamiento de toda idea temerosa, el siciliano habló con paternal entonación:

—Debes cuidarte, Giacinta. Estás muy delgada.

—¿No te gustan las mujeres flacas?

—No.

—Bueno, entonces comeré mucho —prometió ella, con sumisa decisión.

—Esto es. Come mucho y seremos amigos.

Eran pueriles, como niños, porque eran ingenuos y buenos. No

estaban contaminados por las malicias ciudadanas, habiendo ambos crecido en humildes hogares de pescadores.

Gianfosco, consideró necesario explicar la razón por la que se hallaba en isla que no era la suya natal.

—Nadie más que tú, Giacinta, sabrá por qué vine. Dije que fue por ser nosotros demasiados en mi aldea. No es así…

—No quiero saber nada, Gianfosco. Si te fuiste, fue porque lo consideraste necesario. El pasado no existe.

—Gracias, Giacinta. Pero debes saberlo, que quien… quiere amistad, debe ser sincero y no conservar secretos. Yo tenía un amigo que lo era muy noble de alma. Se casó… y un señor poderoso, se prendó, deshonestamente de los encantos de la esposa de mi amigo. Encontró medios para acusar falsamente a mi amigo, y lo encarceló, dándole tortura y muerte. Después, sus esbirros raptaron a la pobre infortunada. Ella murió… arrojándose de los muros del castillo donde había sido llevada. Prefirió ella la muerte al deshonor. Y yo… logré dar muerte al infame asesino de mi mejor amigo. Pero tuve que huir… Por eso estoy aquí.

La lancha llegaba ya a la orilla posterior de la península. Sobre el agua, reflejábase levemente siniestra la mole del erecto peñasco, convirtiendo en sombras la playa donde desembarcaron ambos, después que Gianfosco hubo sujetado con cabos la proa a un saliente.

Habían escasamente andado unos pasos, cuando súbitamente elevóse un clamor de agudos alaridos.

Giacinta, temblorosa, apretóse en convulso abrazo contra el pecho del siciliano.

—¡Las ánimas, Gianfosco! —murmuró, entrecortadamente.

—Perros ladrando —replicó él, tranquilizador—. Procura tener valor, y ya que has querido venir conserva la claridad de juicio. ¿Son o no ladridos de perro?

—Sí… —bisbiseó ella.

Oyéronse voces masculinas y silenciáronse los ladridos perrunos. La pareja continuaba abrazada, porque a Gianfosco le producía un inefable bienestar el sentir contra su busto la tibieza femenina.

No obstante, mantenía empuñado con fuerza el pesado garrote.

Ocultó Giacinta el rostro en el pecho varonil, con un quejido mezcla de sollozo y lamento.

No quería ver las sombras que, descendiendo por la inclinada ladera peñascosa, se acercaban.

—¿Quién vive? —Lanzó una voz ronca.

—Gente de paz —replicó Gianfosco—. Pescadores.

Un hombre, conteniendo por triple correa, el impulso de tres grandes dogos que gruñían sordamente, pisó la arena.

Llevaba en la zurda una antorcha.

Al ver a la pareja, el recién llegado lanzó una onomatopeya gutural, y los tres perros enmudecieron y, con sumisa docilidad, pasaron a sentarse tras las piernas del individuo.

Gianfosco contemplaba asombrado la extraña figura del hombre de los perros.

No era un hombre vulgar. Su apariencia tenía rasgos de figura de ultratumba, tal vez a causa de la luz rojiza de la antorcha que chisporroteaba encima de su cabeza.

Lo cierto es que Gianfosco no dejó de apretar con vigor su diestra alrededor del mango del garrote, dispuesto a todo.

Veía un hombre altísimo, magro, de anchísimas espaldas huesudas, vestido extrañamente: unas pantuflas obscuras calzaban sus pies y medias pardas enfundaban las largas piernas nervudas, hasta lo alto del muslo, donde se ensanchaban unos gregüescos acuchillados.

Alrededor del estrecho talle, que hacía aún más ancho el tórax, un cinto de cuero del que pendía tahalí con rica espada, y escarcela. Un jubón de terciopelo negro, estaba rematado en el cuello por redonda y gran gorguera de encajes rígidos.

Y sobre la gorguera, que semejaba gran bandeja blanca, recortábase un rostro siniestro, indefinible Un rostro magro, enjuto, de corta barba negra en punta, labios delgados y crueles, nariz corva y aguileña, ojos negros, brillantes y grandes, cejas oblicuas y mefistofélicas, ancha frente y rizosos cabellos negros.

Inconscientemente, recordó Gianfosco una imagen que en su niñez habíale impresionado y que representaba al arcángel Lucifer al retar con soberbia al cielo…

—¿Qué buscáis aquí, pescador? —preguntó el desconocido, cuya voz era sonora y grave.

Valientemente, Gianfosco replicó:

—El peñón estuvo hasta hoy deshabitado. La noche pasada uno

de mis compañeros, un anciano, vio atravesar el istmo. Creen todos en fantasmas.

—¿Vos no, pescador?

—No lo sois, que bien de carne y hueso os veo.

Mientras duraba el diálogo, Giacinta permanecía de espaldas al desconocido, dispuesta a morir… pero abrazada a su amor.

—Me place vuestra valentía, pescador. Si lo tenéis a bien, dadme vuestro nombre.

—Gianfosco —contestó hoscamente el siciliano, al cual impresionaba, no sólo el aspecto del hombre de los perros, sino también su parla ceremoniosa, reposada, como la de un gran señor que habla con un vasallo, y que condesciende a tratarlo con cortesía.

—Puesto que vinisteis a ofrecerme los respetos de la aldea, me considero obligado a explicaros quién soy. Español nací de pura cepa, e hidalgo soy. Rehuyo la luz del día, y es mi deleite vivir acariciado por la hermosa plata lunar. No fueron fantasmas lo que vio el pescador. Era mi séquito, y en cuanto a lo que creyó catafalco, era litera conduciendo a una familiar mía. He adquirido posesión de la antigua ermita y aceptaré víveres pagándolos con largueza. Uno de mis criados estará todas las mañanas, al amanecer, en el istmo, y allí aguardará al que o a quienes de vosotros traigan provisiones. La frugalidad es mi ley. Por favor, Gianfosco, decid a vuestra esposa o prometida que no tenga miedo de un hidalgo español.

Giacinta volvió el rostro para mirar al que se había declarado lunático.

Estremecióse. Aunque el hidalgo, al verse observado, hizo profunda reverencia.

—Podéis partir, Gianfosco. Y vos, señora, consideradme vuestro servidor, que vuestras plantas besa.

Hizo una pausa el hidalgo, añadiendo:

—Deseo paz, soledad y quietud. Odio a la humanidad, Gianfosco, y mis perros son mis únicos amigos. Aconsejad a vuestros compañeros, que no me honren con su visita. He tomado posesión del peñón y si visitas deseo, lo haré saber.

No supo por qué, pero lo cierto es que el decidido siciliano, apresuróse a marcharse llevando casi en volandas a Giacinta.

Soltó el cabo con rapidez y remó afanosamente, y a medida que se iba empequeñeciendo la alta silueta del hombre de los perros, fue respirando con mayor holgura.

—No es fantasma, Giacinta —explicó más que hablando para ella, pensando en voz alta—. Nada tenemos que temer… —añadió, como si quisiera tranquilizarse él mismo.

—Sus ojos eran dos brasas. Su sonrisa era demoníaca. Es un caballero y habla suave, Gianfosco, y, sin embargo, ¡produce frío oírle y verle!

—Eso es —admitió Gianfosco. Y para corregir su imprudente respuesta que podía alarmar a los demás, cuando ellos hablaran de su expedición, añadió, reflexivo—: Es un ser distinto a nosotros, Giacinta. Es… un chiflado. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí. Un caballero que ha debido sufrir mucho y tiene el seso extraviado.

Gianfosco, en la aldea, explicó su entrevista con el extraño huésped del peñón.

—Comprendido —dijo el viejo Matías, a modo de colofón. Era el anciano considerado el patriarca consejero de la aldea——. Esos hidalgos españoles no suelen estar muy sanos de la sesera, pero son nobles, galantes y generosos. Nada, pues, hay que temer del chiflado del peñón.

Y ya tuvieron las comadres dos cosas en que entretenerse, mientras sentadas en los umbrales, quitaban las escamas y limpiaban, los peces.

¿Qué motivos habían inducido al español hidalgo, al cual llamaban «el chiflado del peñón», para aislarse?

¿Y por qué Giacinta, la pobrecilla escasa de carnes, que antes apenas comía, devoraba ahora con ahínco platos de feculentas gachas?

CAPÍTULO II

A LA LUZ DE LA LUNA

Cercano al Norte de la ciudad de Ajaccio, un arroyuelo de escaso caudal discurría por entre bosquecillos hasta confundirse con el mar. Era poco frecuentado por barcas, y tal vez, hubieran llamado la atención dos hombres, de extraño atuendo medio monástico, que junto a un esquife atado a recio tronco, parecían aguardar, de no ser porque siendo frecuentes los frailes mendicantes que pululaban por toda Italia, ya los transeúntes y aldeanos habíanse acostumbrado a verlos y no parar mientes en ellos.

Quizá sí habrían llamado la atención si hubiesen sido oídos.

Uno de ellos, echándose la capucha hacia atrás, cuando ya el crepúsculo invadía de sombras el lugar, mostró un rostro ancho y mofletudo de buen bebedor, con labios golosos y narices coloradas.

—Debe ser alguien muy importante el tal —dijo.

El otro, imitándole, quitóse con lentitud la capucha. Contrastaba su rostro con el de su compañero. Donde en el otro todo eran redondeces y placentera expresión, era en éste angulosidades y severidad.

Larga y aguda la nariz, delgados los labios huesudos los pómulos, el segundo, dijo, con elaborada parsimonia:

—No nos importa, «Tabarra».

Ambos se expresaban en español. El que acababa de hablar miró hacia el cielo, donde el redondo disco lunar en pleno apogeo, semejaba sonreír campechano y ladino, compasivo, como si le divirtieran los ajetreos de los infelices seres terrestres.

—Ya sé que no te importa a ti, «Pachorra». Pero es por el aquello de pegar la hebra un poco, hombre. Lo que cuenta es que seamos fieles al hidalgo, y lo somos. Yo algunas veces me he preguntado si

el hidalgo está en sus cabales.

—No nos importa, «Tabarra» —repitió el vasco, con parsimonia.

Su compañero se impacientó:

—Eres exasperante. ¿Es que a ti nada te interesa de cuanto pasa por el mundo a nuestro alrededor?

El vasco tardó unos instantes en replicar:

—Un buen plato lleno de frijoles, sabiendo que puedes repetir. Un frasco panzón de vinillo tinto. Un camastro blando y nada más quiero saber. Porque el mucho cavilar quita apetito y sueño.

—Pareces de palo, hombre. ¿Es que no eres curioso, como cada quisque? ¿Es que porque tengas cara de monje, te crees por encima de la humana debilidad por saber y averiguar aquello que nos intriga? Hay momentos, «Pachorra», en que pienso que te has vuelto reservón desde que saliendo de España nos dimos a recorrer mundo, asalariados por el hidalgo. O será que el vestir por desde entonces con esta ropa, te hace creer que eres un hombre virtuoso.

—Todo te lo dices tú, «Tabarra». Hazme caso y atente a las tres verdades primarias: comida, techo y reposo. Todo lo demás es crearse quebraderos de cabeza.

—Nací hombre, que no cerdo, y me dieron sesos para emplearlos. No soy, pues, un muñeco de palo. Hace tiempo que me doy cuenta que los viajes del hidalgo tienen una finalidad. Pero ¿cuál? Ahora mismo, ¿qué hacemos aquí tú y yo?

—Bien claro está. Esperar que Dom Corpacho nos traiga a un hombre al cual debemos llevar al peñón. Eso es todo.

—¿Todo, eh? —Gruñó, con risita que quería ser irónica el aragonés—. Vamos a ver, ¿a ti no te intriga que el hidalgo duerma de día y viva de noche? ¿No te atosiga pensar cómo duerme?

—Mientras yo duerma a mi gusto, cada uno allá con sus caprichos.

—Prefiero dejarte por imposible.

Elevó la vista el aragonés, como si su paciencia sufriera un rudo embate. La redonda faz lunar, le hizo gruñir:

—¿Será verdad que… existen los vampiros? Yo le oí contar a un zíngaro que en unas montañas de lejana tierra, por allá los osos y boyardos del gran río Volga, hay mochuelos humanos, que sólo… sólo viven de alimentarse con sangre humana, y que sólo alientan de noches, durmiendo de días en ataúd. Y que tienen pacto con la

luna.

—Tus sesos hierven, por exceso de imaginación, «Tabarra». ¡Chitón! Alguien ronda.

El aragonés, quizá influenciado por su propia imaginación, trazó en el aire una cruz a modo de exorcismo. Pero le serenó el contacto de su espada, bajo el sayal, y la tranquila estolidez de su compañero, el cual inquirió:

—Paz y buena voluntad. ¿Quién anda?

Por entre la arboleda que orillaba el arroyuelo, surgió la recia silueta de un peregrino, tras el cual, asidos por el cuello, dos lobos de ojos fosforescentes seguían.

Sobre el ancho hombro llevaba el peregrino a un hombre desvanecido, que en arqueada postura tenía manos y tobillos atados entre sí.

Lo depositó en el fondo del esquife.

—Buen viaje —dijo, lacónicamente—. Regreso a mi quehacer.

Y seguido por los dos lobos, Dom Corpacho, el hombre que por dos veces, y obedeciendo órdenes del hidalgo lunático había salvado la vida de Dago Corsi, el mismo al cual ahora entregaba inerme, se alejó por entre la espesura.

Su hercúlea figura, de cráneo tonsurado y amplia barba, se perdió pronto de vista.

El vasco desató la barquichuela, su compañero la empujó empleando a modo de pértiga el remo, y poco después remando al unísono, desembocaban en el mar.

No tardaron en llegar al peñón que antaño sirviera de recinto a los monjes y por la aparte opuesta al estrecho istmo, penetraron en una caverna, donde otros dos individuos, vestidos al igual que ellos, se apoderaron del fardo humano.

Lo colocaron en una caja, que por sus enrejados, semejaba una jaula, y a fuerza de puños izaron hacia arriba la caja y su contenido, que colgaba de una cuerda, pasada por polea instalada en lo alto de la caverna. El espacio por el que ascendía la caja era estrecho, rozando las paredes de roca.

De una oquedad surgieron dos manos nervudas, que atrajeron la caja. Desapareció ésta de la visión de los cuatro hombres de abajo, que, en dos parejas, fuéronse por otros conductos.

Y sólo quedó en la caverna, el esquife y la cuerda colgante de la

polea.

* * *

Una hora antes de la ascensión de Dago Corsi enjaulado oprobiosamente, en un ancho espacio subterráneo de los muchos que horadaban el peñón, tanto en sentido vertical como horizontal, reinaba una quietud absoluta.

Cuatro grandes candelabros, en los que se hincaban cuatro gruesos velones, desparramaban una tenue luz sonrosada, encendida tan sólo una de las varias mechas de cada velón.

Formaban cuadro en las cuatro puntas de un ataúd de negro ébano labrado, forrado de rojo terciopelo, cuya abierta tapa, dejaba visible al que lo ocupaba.

Era el hidalgo que había escalofriado a Giacinta, causando extraña impresión en el hosco y decidido siciliano.

Dormía. Su respiración acompasada elevaba la tela blanca de su camisa y las dos manos cruzadas encima del estómago, seguían el vaivén del aliento.

No había en toda la estancia rocosa, más mobiliario que el ataúd y los candelabros, aparte una jofaina y un balde, con un escabel soportando la restante ropa del hidalgo: gorguera, jubón, gregüescos, medias y pantuflas.

Junto al ataúd, encima de lujoso cojín, aparecían entrecruzadas y desenvainadas, tizona y daga, al alcance de la mano.

Don Rodrigo era el único nombre por el cual conocía la servidumbre al que habíales contratado laboriosamente y seleccionando en distintas poblaciones españolas. Pero apenas citaban tal nombre, llamándole de continuo «el hidalgo lunático», por sus peculiares costumbres.

Unos decían que debía ser toledano por sus muchas alusiones al honor de las tizonas allá forjadas. Otros presumían que debía haber nacido en la comarca cordobesa, por sus frecuentes citadas a la reciedumbre y virilidad de los varones allá criados.

Lo cierto era que para todos constituía un enigma impenetrable la personalidad del que ahora en sueños, parecía sonreír diabólicamente, quizá no por lo que soñaba, sino debido a los siniestros reflejos de su macabra yacija.

El subterráneo tenía dos entradas, cubiertas por espesa cortina

de tela, de cuyos bordes inferiores colgaban diminutos cascabeles.

Movióse una de ellas, e hizo su aparición, precedida por el tintineo, una segunda figura espectral.

Una mujer. Un rostro sin vida, fijo, estático. Un cuerpo estatuario, vestido enteramente de ceñida túnica verde que concedía a su esbeltez semejanzas serpentinas.

Un prieto turbante de brillante color verde, cubría la cabellera y enmarcaba un óvalo blanco, de rojísimos labios sangrientos y pulposos, de oblicuas cejas, estático, maligno, de pesadilla, sin vida, que contemplaba por dos estrechas rendijas azuladas, al que ahora incorporándose, quedó sentado en su ataúd.

Para nada se movieron los labios de la femenina mascarilla al decir, con un hililllo de voz:

—Están acercándose a la gruta, los dos siervos que enviasteis a recoger al prisionero de Dom Corpacho.

—Grato despertar el mío. Id a preparar la sala del recibiento. Y atended a que por las tres salidas, cierre el paso Némesis.

Marchóse la escalofriante figura.

El hidalgo, al quedarse solo, procedió con mesurados ademanes a refrescarse rostro y manos. Vistióse sin prisas, ciñendo tahalí ricamente bordado en oro.

Ante un espejo, peinóse el bigote y la corta perilla puntiaguda. Se mojó el meñique en la punta de la lengua, alisándose las cejas.

Brillantes los grandes ojos negros, abandonó su extraño dormitorio. Atravesó un estrecho pasadizo que iba ascendiendo y en cuyo final, una pesada puerta de madera tosca daba acceso a otra sala subterránea, que ofrecía una particularidad.

En el techo natural de la roca, abríase a modo de claraboya un ancho rectángulo por el cual penetraban los rayos lunares, iluminando el recinto.

Varios perros mastines y dogos, que dormitaban cerca de un hogar sin encender, aproximáronse dóciles, humildemente.

El hidalgo les hizo algunas caricias y después, emitiendo un corto silbido, consiguió que todos ellos regresaran a tenderse sumisamente donde se hallaban al entrar.

Aquella sala no tenía más que una mesa y un sillón frailunos, En el centro de la mesa, acariciada por rayos lunares, una calavera humana parecía reír siniestramente.

En las paredes cóncavas y húmedas, había varias panoplias. El hidalgo se aproximó a la mesa, y posó su diestra sobre la monda calavera.

Recitó, con énfasis:

«Tú, que miras a mí
tan triste, mortal y feo,
Mira, también por ti;
Que como te ves, me vi,
Y veráste cual me veo».

Resonaban sus palabras en la oquedad. Uno de los perros lanzó un débil ladrido lastimero.

El hidalgo le miró de soslayo, acariciándose la barba.

—Efímera es la vida, amigo. Y quien la ama, pronto perece. Yo que la desprecio, eterno soy.

Tres cortinajes también con cascabeles diminutos en su borde inferior, ocultaban las tres salidas del recinto.

Uno de ellos se movió, tintineando. Los encapuchados, recios colosos atléticos, resoplaban al llevar entre los dos, la jaula en cuyo interior Dago Corsi, fiero el semblante, iracundo, pestañeó al pasar de las tinieblas, al recinto iluminado por la luna.

Los dos encapuchados desaparecieron con el mismo silencio en que entraron.

El hidalgo hizo una cortés inclinación de cabeza.

—Mi huésped involuntario sois, messer Corsi. Tened a bien considerarme vuestro amigo y admirador, porque pocas veces nos es dado contemplar a un ente de vuestra personalidad. No os encrespéis, por este contratiempo, ya que debéis de agradecerlo. Los contratiempos son como las nubes que por ciertas noches velan la luz de mi amada luna. No hay que desesperar, que más tarde o más temprano reaparece la luna, viniendo a su cita.

Dago Corsi, obligado a permanecer acurrucado, exclamó:

—¡Ay de ti, loco del demonio! ¡Mísero que osaste humillarme haciéndome enjaular! ¡Mala peste te… te repudra mil veces!

—Chitón, lobezno —sonrió el hidalgo. Sonreía, y no obstante, su voz era imperiosa, extrañamente autoritaria—. Sosegad el arisco talante que os caracteriza, y reportaos. Considerad, que en jaula estáis y en ella podéis repudriros vos mucho antes que yo. Tratad,

pues, de ser más dúctil y aveniros a franca conversación.

—Abre esta infernal trampa y sabrás quién soy.

—Lo sé ya, lobezno. Sois el apodado Diablo Corso. Sois el terror de Córcega. ¿Y qué? ¿Por ventura dejáis de estar aquí enjaulado?

Miró Dago Corsi en su rededor. Notábase que algo indefinible, que no era la luz lunar, ni los ojillos crueles de los perros, ni el extraño recinto, le tenía impresionado, por vez primera en su vida.

Un fondo de superstición que en él alentaba le hacía obscuramente presentir que se hallaba ante un hombre dotado de extraños poderes indescriptibles.

Tal vez para desvanecer aquella impresión, exclamó:

—¡Dadme una espada y hablaremos mejor! —Y sin darse cuenta, dejó de tutear a su raro interlocutor.

—Emplead más adecuadamente los términos. La espada no sirve para hablar, sino para hacer enmudecer, y vos y yo, mucho tenemos que hablar, lobezno. Hasta hoy bastaba que vos con exclamar: «¡Ay de ti!», y hacer votos para qué la peste pudriera a quien osara contradeciros, todos os bailasen el agua. Olvidasteis que erais un mortal común. ¿No lo demuestra el hecho de que aquí estéis a merced de la dentellada de un mísero perro?

—No fié de nadie, nunca. ¡Y por fiar de quien dos veces mi vida salvó, así me veo! ¿Qué pretendéis hacer conmigo? Dadme al menos la ocasión de hablar como hombre que soy. En pie y libre.

—Marrullero sois, lobezno, y muy acostumbrado a machorradas. Pero estáis olvidando que contra una casta de hombres que como vos, todo se lo creen permitido, todo me está permitido.

—¿Quién sois?

—Hidalgo de casta, ser de élite, don Rodrigo podéis llamarme; mis siervos me califican de «hidalgo lunático», porque detesto la cruda luz del día, hiriente y dañina. La gente de mente inferior me supone loco de atar. Vos también… Cambiaréis de opinión.

—¿Qué mal os hice?

El hidalgo sonrió unos instantes. Dago Corsi se encogió, sintiendo por vez primera algo parecido a temor…

Y con voz retumbante, abandonando su comedido tono, gritó el lunático:

—¡Nacer de mi propia casta! Éste es el mal que me habéis hecho, lobezno. Os apodan Dago Corsi…

Pero ¿sabéis vuestros verdaderos nombres? Algún día los sabréis.

Un infinito estupor plasmóse en el hermoso semblante viril del bandolero. Estupor que aumentó al ver que el hidalgo, aproximándose, descorría los cerrojos que unían con los barrotes la cubierta superior de la caja-jaula.

El hidalgo emitió varios silbidos, y los perros, uno a uno, salieron de la estancia.

Dago Corsi, estupefacto, permaneció aún unos instantes en el interior de su jaula.

—En pie, lobezno. Hacedme esa merced. Hace muchos años que no os vi de tan cerca.

Dago Corsi no quería desentrañar el sentido de las palabras que oía. Miró en rededor, como fiera acosada…

—Cierto, lobezno. Allá veis panoplias. Cortantes aceros, que ofrecen sus afilados filos, contra los que podéis rozar vuestras cuerdas y quedar con las manos libres. Hacedlo, que, no os lo impido.

Los tobillos atados obligaron al bandolero a encoger los músculos, preparándose a saltar.

Veía distante al hidalgo, y, no obstante, sentíase preso.

Saltó de pronto con salvaje frenesí, y ensangrentó sus muñecas, mientras, furiosamente, rozaba las cuerdas contra el filo de una daga.

A la vez, miró por encima del hombro. El hidalgo parecía ensimismado contemplando la fea calavera…

Inclinóse velozmente Dago Corsi, cortando de sendos tajos las ligaduras que juntaban sus tobillos. Con la misma daga empleada volvióse…

El hidalgo seguía inmóvil, como ausente y lejano…

Silbó la daga lanzada por el bandolero contra la garganta del hidalgo. Oyóse una tenue risotada al agacharse rápidamente el lunático.

La daga fue a quebrarse de punta contra la roca, a espaldas del agredido.

—Lo difícil y valiente no es lanzar dagas, lobezno. Es verlas venir, y reírse de ellas y de quien traidor y desleal las lanzó.

Furioso abalanzóse Dago Corsi, arrancando de la panoplia una

espada y un largo estilete.

—¡Mala peste te pudra, loco del demonio!... —aulló, más que colérico, presa de un indecible temor extraño.

Atacó vertiginoso. Don Rodrigo, desenvainando, presentó sus dos aceros en eficaz parada.

—¡Antes que acudan tus piojos te habré acribillado! —exclamó Dago Corsi, arreciando en aluvión de estocadas y altibajos su frenético ataque.

Con mesura y suma habilidad el hidalgo iba contraatacando.

Dijo, con siniestra sonrisa burlona:

—No gastéis soplo, lobezno, que buena falta os hará. Nadie entra ni acude si no le llamo. Y me sobran reaños, brazo y maestría para que vayáis juzgando con quién os las habéis.

Vencedor siempre, Dago Corsi empezó a atribuir a dotes mágicas, no ya la tenaz e infranqueable barrera defensiva con la que sus armas tropezaban, sino el lento retroceso a que veíase obligado.

La lucha encarnizada tuvo un fin inesperado. Dago Corsi no supo cómo, pero hallóse de pronto acorralado contra la pared, sin espada, que de su diestra saltó como arrancada por el latigazo de un titán, y aplastado su puñal contra el muro por presión de la daga del hidalgo. Y rostro contra rostro, pecho contra pecho, presionando, don Rodrigo, centelleantes los ojos, comentó:

—Bravo espadachín sois, lobezno. Pero ¿de cuándo acá ni en trampas ni en vigor le puede el lobezno al lobo?

Había una fuerza irresistible en los ojos del hidalgo, y sus extrañas palabras confundían la mente del vencido bandolero.

Trató de levantar la rodilla en golpe marrullero. Pestañeó sorprendido, porque, continuando manteniéndole inmovilizado contra el muro, el hidalgo acababa de levantar su pierna, inutilizando su ataque.


—¿Qué buscáis aquí, pescador?

—No podéis conmigo, señor punzavientres.

Levantó la vista Dago Corsi, mirando hacia la panoplia junto a la que estaba, y en la que aparecían dos hachas…

El hidalgo pareció asentir a una pregunta no formulada.

—Os doy permiso, lobezno.

Con elástica parsimonia saltó hacia atrás, liberando a su

vencido. Dago Corsi, casi enloquecido de indefinible temor, asió una de las hachas.

La alzó…, y alrededor de su muñeca se cerró una mano de hierro, mientras contra su otro brazo, la diestra del hidalgo, engarfiada, empujó hacia atrás.

El titánico forcejeo, en cuerpo a cuerpo, duró unos instantes. Adivinó el bandolero que sus dedos iban a soltar el mango del arma, agarrotados por la presión muscular de la mano de su adversario.

Proyectó la cabeza hacia adelante, pretendiendo morder con saña.

—Atrás, señor lobezno… —Y a la vez, en rudo empujón, el hidalgo lanzó hacia atrás al bandolero.

Dago Corsi cayó sentado, propinándose recio golpe en la cabeza. Quedó unos instantes inmóvil, jadeante…

El hacha había caído de su mano. Lanzando un grito de furor, abalanzóse, recogió el hacha y la arrojo.

El hidalgo dobló las rodillas, y en esguince de cintura colocóse tras el bandolero. Rodeó su talle con un brazo, mientras con el otro, arqueado ante el cuello de Dago Corsi, presionó hacia atrás.

—Seamos amigos, señor lobezno. Tenemos que conversar. Veis que son inútiles cuantos intentos contra mí hagáis. ¿Tengo que repetiros que el cachorro nunca podrá enseñarle nada al lobo? Sois un buen luchador, y sabréis comprender que si mi intención fuera mataros, ahora mismo, sólo con leve presión, os rompería el pescuezo. No lo quiero.

Repentinamente, vióse de nuevo libre Dago Corsi. Alternativamente, mientras retrocedía, miraba a su primer vencedor en toda suerte de lucha, y a las panoplias…

Y de pronto, como si algo que no acababa de comprender le asustara, huyó… Lanzóse hacia una de las cortinas, que abrió violentamente…

Saltó hacia atrás, erizado el vello…

La espectral figura vestida de verde, con la máscara de cera, le interceptaba el paso, asiendo a cada lado por el dogal a un enorme perro gruñidor, de colmillos descubiertos…

Abalanzóse Dago a otra de las cortinas… Esta vez, gimió aterrorizado. La cortina, al abrirse, mostró la misma máscara de

cera, pero como una cabeza decapitada, flotando en el aire…

—La tercera salida os queda por ver, señor lobezno —dijo el hidalgo, sentado, cruzadas las piernas tendidas—. Y hallaréis una tercera Némesis. ¿Sabéis quién es Némesis? La diosa de la venganza…

Jadeando, furioso y asustado, Dago Corsi regresó al centro de la estancia.

—¿Quién sois? ¿Qué me queréis? Hablad pronto… ¡Pronto!

—Mesura y comedimiento, lobezno.

—¡No me llaméis así!

—Por diferencia de edad, no hay obstáculo, supongo, en que os califique paternalmente de hijo. Serenad y sosegad el temple, hijo.

Dago Corsi, tambaleándose, apoyóse con las dos manos al borde de la mesa.

Miró con fijeza al hidalgo… Y comprendió repentinamente el porqué de su temor.

El semblante sardónico que le contemplaba con tenue sonrisa era muy parecido al suyo, como si se viera ante un espejo.

No era una absoluta igualdad. Era una semejanza remota… La suficiente para que de pronto el bandolero, tranquilizándose como por ensalmo, respirara profundamente, y rencoroso dijera:

—Habéis logrado asustarme y vencerme. Nadie lo logró hasta hoy en lucha clara. Huérfano soy, y nada sé de mi infancia… ¡Si mi padre sois, os maldigo! ¿Queríais hablar? ¡Hablemos! A la luz de la luna, con vuestros perros y vuestros fantasmas…, ¡ya no me dais miedo! ¿Insinuáis que sois… que nos une…? ¡Hablad, voto al Averno!

—Voto a bríos, que aquí sólo yo lanzo juramentos. Bajo la mesa hay un escabel; sentaos si lo queréis, que larga será nuestra conversación. ¿Os apetece vino, fruta, yantar?

—¡Al diablo con vuestra cortesía! ¡Hablad!

Y, con brusquedad, atrajo Dago Corsi hacia sí el escabel, sentándose en él. Y a su pesar, como hipnotizado, en silencio, sudoroso y resoplando, contempló al hombre, que, tendidas las piernas, cruzó las manos sobre su estómago, y dijo, suavemente:

—El ejercicio me ha abierto el apetito, hijo mío. Espero no te opondrás a que me haga servir una blanda pechuga de capón bien cebado, rociado con clarete riojano. Y espero también que me harás

el honor de acompañarme en este primer yantar que nos reúne, hijo mío.

Dago Corsi, como petrificado, vio entrar a Máscara de Cera, que en gran bandeja de oro labrado portaba manjares y bebida.

En silencio, la espectral figura depositó plato ante el hidalgo y ante el bandolero.

Colocó dos copas de plata, y, sin pronunciar una sola palabra, abandonó de nuevo la estancia.

Con gesto elegante el hidalgo trinchó en la bandeja el rollizo volátil. Colocó en el plato que ante Dago Corsi estaba un alón y un muslo.

—Escánciame vino, hijo. —Y con incisivo tono, añadió: —Leo en tus ojos que te dispones a cometer una travesura, tal como volcar la mesa, o lanzarme al rostro el contenido de tu plato. No lo hagas…, o volverás a la jaula. ¡A comer, lobezno!… Después conversaremos, que cada cosa a su tiempo se hace. Te deseo buen apetito, hijo.

Y el hidalgo, como si olvidara ya la presencia del que ante él le miraba brillares los ojos, empezó a comer con remilgada parsimonia.

Dago Corsi, inconscientemente, al sentirse mirado por dos veces, en elocuente ojeada que señalaba el frasco y las copas, sirvió vino en ambas.

Y empezó por escanciar en la del hidalgo lunático…

CAPÍTULO III

EL HIDALGO ACLARA

Maquinalmente, por instinto, Dago Corsi fue comiendo. Y simultáneamente, cuando el hidalgo, secándose los labios con un revés de mano, bebía un sorbo, también él lo hacia.

Quedó la bandeja vacía, así como el frasco. Y sin previo aviso ni llamada reapareció Máscara de Cera, la cual depositó sobre la mesa una fuente repleta de uva, brevas y duraznos.

Llevóse la bandeja y el frasco. Dago Corsi pareció sacudirse de la cabeza una pesadilla.

—¿Cuántos años tienes ahora, lobezno?

—Creo que unos veintiocho… —Y con amargo sarcasmo, añadió: —Vos, posiblemente, lo sabréis mejor que yo.

—Exactamente hace veintisiete años, en rico palacio cordobés, una diosa humana, una venus apasionada, una dama que era dechado de perfecciones y que iluminaba la existencia de un rico hidalgo turbulento, que gracias a ella serenó la cabeza y empezó a vivir pacífica y felizmente, dio a luz.

El hidalgo interrumpióse para desgranar un racimo, y añadió:

—Dos mellizos.

Llevóse a la boca varios granos de uva, que saboreó.

—Murió dando su vida para que vivieran dos rorros llorones y feos. ¿No has visto nunca un recién nacido?

—No —dijo ásperamente Dago Corsi.

—Entonces, ignoras lo horrible que es ver a un diminuto puñado de carne… y más cuando duplicado… Aquellos dos tiernos retoños… ¡eran dos asesinos!

Hizo otra pausa el hidalgo para mordisquear un durazno.

—Come fruta, hijo. Serena la sangre. Creo recordar que en el

palacio cordobés varios componentes de la servidumbre sufrieron congojas de angustia al oír los lamentos infrahumanos con los que el hidalgo lloraba abrazado a la muerta. Después…, los compañeros del hidalgo que habían acudido, según es costumbre, tuvieron que aunar sus esfuerzos para impedir que el afortunado padre atravesara con su espada a los dos mellizos causantes de la eterna ausencia de la diosa humana que había dado luz y felicidad a su existencia.

—¿Era yo uno de esos mellizos, señor?

Como si no hubiera oído la pregunta, continuó don Rodrigo:

—Aconsejada por un íntimo amigo, una azafata llevóse a los dos monstruos. Que tal eran los que privaron de vida a su madre.

—Monstruo el que acusaba a dos inocentes criaturas, señor, de un daño que ni desearon ni podían evitar.

—Pasaron dos años. Un día el hidalgo, que, endureciéndose, dormía de día y vagaba lunático por las noches, sintió deseos de contemplar de cerca a aquellos esperpentos. Los vio transformados en robustos cachorrillos. Sintió odio, e iba a matarlos, cuando pensó que era mejor dejarles vivir. Que la vida le daría cumplida venganza. Se los llevó. Uno lo entregó a un juglar errante, el cual prefirió dejarlo en una corraliza, cosido en los pañales el nombre de Luys Gallardo.

Dago Corsi asió un racimo y, mordiendo uvas, humedecióse así la reseca garganta.

—El otro, lo entregó a un aventurero que iba camino de Barcelona para embarcarse rumbo a Córcega. Y pasaron veinte años… Sintió entonces el hidalgo, ya atenuado su odio, el deseo de ver si realmente la vida había vengado en la persona de los dos mellizos el crimen que cometieron. Ardua labor fue dar con la pista de Luys Gallardo. Por fin, siguió sus pasos en la Provenza francesa, donde el mozo, robaba corazones, cantaba coplas y parecía feliz. Pero no lo era… Aunque aparentemente travieso y turbulento, amigo de camorras y complicaciones, que creaba y desenredaba, le sucedía lo que a todo huérfano. Carecía de cariño real, de hogar… ¿Te gusta la narración, lobezno?

—Sois un pobre loco, señor.

—Me sentí muy desdichado cuando vi al trovador Luys Gallardo, pronta siempre la sonrisa y el madrigal, afortunado y desenfadado.

Pero llegó a mis oídos una grata nueva. Había por Córcega un bandolero, al cual apodaban Dago Corsi. Dijéronme que tenía el tal falsedades y hechos de diablo perverso, que se complacía engañando. Y entonces imaginé la más deliciosa treta: lograr que por azar viéranse frente a frente los dos hermanos, que no se sabían tal.

Una extraña ecuanimidad hizo decir a Dago Corsi:

—Tal vez también yo habría hecho lo que vos, señor. No os guardo rencor, porque debisteis sufrir mucho.

—Te autorizo a que me llames padre.

—Y yo os autorizo a que os ahorréis el aludir a nuestro… a nuestro parentesco. ¿Vos mi padre? ¿De qué? Miradme bien, señor. A mucha gala tengo el haber sido el Diablo Corso. He matado a mansalva; he robado, he mentido, he jurado en falso… ¡Aquí me tenéis, rico hidalgo! Contemplad el triunfo de vuestra malsana complacencia en odiarme a mí y al… al otro desgraciado.

—Hablas muy sentimentalmente, Diablo Corso.

—Con vos me permito esa debilidad.

—¿Sólo conmigo? Creo recordar que hubo un tiempo que desde lejos y en silencio adorabas a una mujer: Adriana de Montemar. Era verdadero amor, ¿verdad? Puro sentimentalismo… Tú, el que todo lo rapiñaba, la respetaste. Tienes flacos, y casi podrías ser un ente normal.

—Asegurad que, aunque sólo fuera por llevaros la contraria y hacer fracasar la complacencia que parecéis experimentar al verme convertido en un hombre temido, podría volver a ser lo que fui en un principio: un patriota duro, pero justo.

—Interesante. ¿Qué más?

—El otro… me ha substituido. Los Hermanos Corsos le acatan, creyendo que sigo yo mandándoles.

—Porque tiene más dotes de jefe que tú. Vale más.

—¿Pensáis tal vez que, cegado de envidia, lo mate?

—¿Piensas acaso que saldrás libre de aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sois tortuoso y tenéis mal el seso, señor. Casi adivino que os place jugar con mi…, con el otro y conmigo, como si peleles fuéramos.

El hidalgo rió, satisfecho.

—Tu propia maldad te hace ver maldades, lobezno. Lo que yo quiero someter a tu consideración es bien distinto a lo que supones. Piensa un poco, hijo. ¿Qué esperas conseguir de la vida? Hasta ahora poco has aprovechado lo que te forjaste. Eres un bandolerillo…

—¡El rey de Córcega! —exclamó orgullosamente Dago Corsi, dándose un recio golpe en el pecho.

El hidalgo sonrió aviesamente.

—Un trovador te venció, y en jaula viniste aquí. Eres probablemente el hombre más odiado de la isla. De quienquiera a quien dirijas la palabra recibirás servil adulación, y nadie nunca te dirá la verdad, si puede evitarlo. No tienes un solo amigo…

—No los quiero.

—Pero hay otras cosas en las que no has parado mientes. Cuanto a ti y al trovador se refiere, lo tengo muy sabido. Al igual como hace años, cuando di con la pista de Luys Gallardo, procuré que éste aprendiera a lanzar dagas, por conducto de un intermediario, también procuré estar al corriente de vuestras respectivas inclinaciones afectivas. Luys Gallardo las quiere a todas, lo cual equivale a decir que a ninguna quiere aún. Ronda mucho el castillo de Montemar… Lo que sí es seguro, es que tú adoras a Alicia de Montemar…

—La dejé en mazmorra —gruñó Dago Corsi.

—Porque querías vivir y vengarte. Ella es una gran dama. Tú, ¿qué eres? Un bandolero…

—Puedo, si quiero, ser el amo de Ajaccio.

—Te falta ductilidad y simpatía. Mejor lo conseguirá Luys Gallardo. De cuanto él haga, enterado estaré por Dom Corpacho. Disfruta de mi hospitalidad por unos días, lobezno. No pretendas huir, porque no lo conseguirás. Medita que te dejaré libre, para que demuestres que eres inteligente. Volverás aquí prisionero, si cometes errores. Como huésped, si demuestras tu saber.

—¿Qué os proponéis?

—Ya os he perdonado a ambos. Podrías casarte con Alicia de Montemar, si yo declarase que eres mi hijo, heredero de mi titulo…, y que el trovador siguiera su camino errante cuando hubiese conseguido lo que tú por impetuoso no lograrías. Puedes retirarte, si

lo deseas. Máscara de Cera te acompañará, y te hará saber mis deseos. No intentes nada contra ella. Es una mujer… y la que menos sospechas. Afiánzate bien en el cerebro, lobezno, que en mi código no existe perdón para el hombre que de palabra u obra ofende a una mujer. Pareces deseoso de hablar…

—Obscuros son vuestros propósitos, señor. Pero el tiempo hablará.

—¿Una amenaza, hijo?

—Una advertencia. Que hubo domador que pereció en las fauces del león que creyó domesticado.

—Como tú, adoro el riesgo. Tienes mi venia para retirarte.

En uno de los umbrales, tintinearon los cascabeles y apareció Máscara de Cera.

Fatigado, abrumada por múltiples pensamientos que le aturrullaban, Dago Corsi levantóse.

Se disponía a irse, cuando preguntó, volviendo sobre sus pasos:

—¿Cómo os llamáis, señor?

—Te basta saber por ahora que me llamo don Rodrigo.

—Os habéis complacido en confundirme… Quizá yo os confunda.

—Lo lograrás, si te portas caballerosamente.

Máscara de Cera condujo al bandolero a través de varios estrechos y bajos pasadizos hasta una sala similar a la recientemente abandonada.

Había un lecho, una mesa y dos escabeles. Y también un boquete abierto en lo alto.

Dago Corsi miró a la enmascarada.

—¿Eres muda, Némesis?

Sentóse en el lecho, a la vez que preguntaba.

Un hililllo de voz, como parloteo de niño, respondióle:

—Por juego llámame también el hidalgo, Casandra la que predice. Obedece al hidalgo… y te prometo que obtendrás amor, poderío y felicidad, y que perdonados te serán tus errores pasados.

Rió el bandolero, para disimular su aprensión.

—Hartura tengo de misterios. Dime: tras la máscara, ¿qué hay? ¿Eres hermosa?

—Más de lo que puedes imaginar. Por eso máscara llevo.

Y rauda deslizóse ella fuera. El bandolero tendióse boca arriba.

Pronto la fatiga corporal y las impresiones recibidas le concedieron un profundo sueño reparador.

Le despertó la luz de sol que penetraba por la abertura. Tardó unos instantes en comprender que no eran pesadillas lo que le estaba sucediendo.

Pensando en voz alta, dijo:

—Me gustaría saber qué está haciendo el maldito…, el otro.

Abrióse el cortinaje, y apareció Máscara de Cera.

—¿Nunca duermes? —preguntó Dago Corsi.

—Velo por ti.

—Hasta hoy no precisé custodias.

—¿Quieres desayunar?

—Quiero respirar aire libre.

—Ven.

Siguió él a la enmascarada, vacilante en si debía acometerla. Pareció ella adivinarle el pensamiento.

—Si tus manos rozan tan sólo mi tela, perecerás de horrible muerte, Dago Corsi.

—¿Sí? ¿Acaso piensas asustarme?… Cuando lo quiera, haré lo que se me antoje —dijo, infantilmente, el bandolero, desconcertado.

Llegaban a una planicie estrecha que, a gran altura, dominaba todo el paisaje. Veíase el mar, el litoral y la pequeña aldea de pescadores.

—Dice el hidalgo que no pretendas huir, porque te será imposible. Y dice que pronto libremente saldrás de aquí… y tú mismo regresarás. Y que de tus actos, cuando libre vuelvas a ser, él se erigirá en juez.

—Algún día quizá yo su juez sea.

No volvió a ver al hidalgo hasta pasados dos días. Por la noche, y cuando paseaba meditabundo por la elevada planicie, Máscara de Cera vino a decirle:

—Puedes irte, y, vayas donde vayas, te seguirá el invisible vigilar del hidalgo. Regresa cuando quieras comunicar algo. Regresarás a la fuerza si error cometes.

—¿No dijo el hidalgo loco que yo no sabría portarme caballerosamente? Sufrirá un desengaño. Cree él que soy una bestia sin inteligencia. Hasta pronto, Némesis, que profético es tu nombre.

—Guiaré tus pasos hasta el istmo. Después… mi corazón te

desea suerte.

Por serpenteante y laberíntico túnel llegaron hasta la base del peñón. Dago Corsi midió las sombras, y el abrupto peñasco erecto.

—Puedo volver con mis piojos, Némesis… Y arrancar tu máscara. ¿Habéis pensado en esto?

—Todo está pensado, Dago.

—Arrasaré el peñón.

—Aquí esperaré tu regreso a solas. Tu afán es demostrar que quien burlarse quiere de ti, puede ser burlado.

La frase hizo que el bandolero pestañeara. Cejijunto murmuró:

—En claro he de poner todo eso. Lo juro.

—Puedes, si lo deseas.

—¿Desea en verdad el hidalgo que mis actos sean nobles?

—Nadie puede saber lo que don Rodrigo desea. Pero yo…, ¡yo sí lo deseo!

—¿Y quién eres tú?

—Prisionera soy.

—Huye ahora.

—De nada me serviría. Tú no sabes el poder que posee el hidalgo.

—¿Quién eres?

—Lo sabrás… cuando vuelva a ver en ti al hombre que fuiste hace años.

Un trémolo doloroso en la voz de la enmascarada hizo que Dago Corsi avanzara un paso.

Desapareció ella. El bandolero miró a la oquedad; después, al istmo y a la libre campiña.

A paso apresurado se alejó. Ya a distancia de una legua, desde la floresta, alzó el puño, dirigiéndolo hacia la masa obscura del peñón, que se recortaba iluminado por la luna.

—¡Veremos quién gana, loco hidalgo!

CAPÍTULO IV

UNA ALEGRE REUNIÓN

Uno de los jinetes quitó la caperuza al halcón que sostenía en su puño. El ave rapaz se elevó rauda, y un coro de exclamaciones acogió elogiosamente la presteza con que el halcón, picoteando el cuello de la paloma torcaz, clavaba sus garras en la indefensa ave.

—Bravo halcón, Massimo —exclamó, al cesar los comentarios, uno de los jinetes. Y miró el ave de presa, que, posándose de nuevo en el puño protegido con cuero de su dueño, dejaba caer en el suelo la muerta paloma, que un palafranero cogió.

—El que más ha cazado —dijo una de las amazonas.

Ercole Dampiero sonrió a la que acababa de hablar.

—Siento envidia de Massimo, por el elogio que tributáis a su halcón.

Reuníanse en el extremo del bosque lindante con el litoral, al sur de Córcega, tres hombres y tres mujeres. Un séquito de lacayos y doncellas acompañaba a los que, dedicándose a la cetrería por diversión, viajaban por la isla corsa.

La servidumbre estaba extendiendo bajo un sombreado ricas telas bordadas, sobre las que iba colocando vajilla.

Massimo Firenze hizo observar:

—Pica el sol, mis amigos. Si las Tres Gracias no se oponen, estimo que hora sería de reposar y a la grata sombra reponer fuerzas.

Ludovico Gonzaga, el tercer cazador, ayudaba a desmontar a Fausta Dampiero, y por lo bajo murmuró:

—Massimo siempre se cree poético; ¿no es cierto, Fausta?

—Ha estado en París y en Londres —replicó la hermosa hermana de Ercole Dampiero.

Éste ayudaba a Vittoria Gonzaga, mientras Massimo Firenze tardaba más de lo necesario en soltar el talle de Isabela Cándamo, la ahijada y protegida de Ercole Dampiero.

Formaban una aparente reunión alegre. Eran de modales exquisitos y avezados al disimulo.

Ercole Dampiero era el anfitrión, que a todos había invitado a un viaje por tierra corsa. Ludovico Gonzaga hacia una corte infructuosa a la bellísima, orgullosa y riquísima Fausta.

Por su parte, si bien más afortunada, Vittoria intentaba en vano obtener de Ercole una promesa matrimonial. Isabela Cándamo era con Massimo Firenze espectadora.

Por parejas ocuparon posiciones lejanas entre sí, en el claro del bosque. Los lacayos y doncellas iban de pareja en pareja, a requerimiento.

Mostró Vittoria a Ercole un lejano promontorio.

—Alta montaña.

—Mejor diríais isla. Es un peñón solitario, deshabitado. Al parecer, hubo un tiempo que en él moraron monjes. Una incursión de piratas bereberes quitó para siempre deseos de habitar ese peñasco. Aunque yo, en vuestra compañía, allí estoy dispuesto a encerrarme de por vida.

Maduro cuarentón, avejentado por una vida de francachela y disipamiento, Ercole Dampiero parecía disfrutar en la compañía de la seductora y alegre Vittoria Gonzaga.

Y ésta procuraba acrecentar en el sátrapa el latente deseo.

Más allá, Ludovico Gonzaga interesaba a Fausta Dampiero, contándole divertidas anécdotas:

—… y sus moradores disfrutaban de un gobernante que los había librado por las armas del yugo enemigo. A diario deliberaban sobre el modo de recompensarle, y no hallaban recompensa que estuviera en sus manos y fuera lo suficientemente grande. Ni siquiera les parecía bastante nombrarle príncipe. Un día, por fin, se levantó uno y propuso lo siguiente: «Lo mejor será matarle y venerarle como santo patrón de la ciudad». Y así lo hicieron. ¿Cabe mayor recompensa?

Rió ella, sin gran efusión.

—Contadme una anécdota más de acuerdo con este agreste paisaje. Olvidad que sois un cortesano, y por un instante sed brutal.

—Peligrosa invitación, Fausta.

—Me refiero a las anécdotas.

—Bien; tal lo entendí, para mi desgracia. Sabed, pues, que esta isla es en salvajismo superior a la nuestra siciliana. Cuentan que cerca de Ajaccio apacentaban el ganado tres pastorcillos, y uno de ellos dijo: «Vamos a hacer la prueba de cómo se ahorca a la gente». Montado uno en los hombros del otro, el tercero, después de enlazarle el cuello, ató la cuerda a un roble. Ya en ello, apareció un lobo, y los dos que simulaban la ejecución, huyeron, dejando al «reo» colgado. Al regresar le encontraron muerto y le enterraron. El domingo siguiente llegó el padre del muerto para traerles víveres, y uno de los dos le confesó el luctuoso hecho, y le enseñó el lugar donde habían enterrado a la víctima. Entonces el viejo le mató con un cuchillo, le sacó las entrañas y llevó el hígado, que luego, en casa, sirvió condimentado al padre del sacrificado, cosa que no dejó después de decirle. Y así empezó el homicidio alternado entre las dos familias, cuyo balance, al cabo de un mes, fue de treinta y seis personas muertas, entre mujeres, hombres y niños. ¿Es más de vuestro gusto, cruel?

—Las venganzas entre plebeyos carecen de finura y arte. ¿Y por qué me llamáis siempre cruel?

—Veis que de amor me muero, y nada hacéis para revivirme.

—Buenos colores tenéis.

En otro rincón, Massimo Firenze dedicábase a su favorito pasatiempo: quejarse y murmurar.

—Peregrina idea la de vuestro padrino, de llevarnos por riscos y playas en tierras como éstas, sin cortes ni atractivos.

—Le dijeron que el hombre que mató a su hermano escapó a Córcega.

—Encontrar a un criminal en Córcega es como buscar una espiga en campo de trigo. Hay tantas, que es empeño inútil escoger. Además, Ercole tendría que estar agradecido al hombre que, dando muerte a Galeazzo, le hizo riquísimo heredero.

Ercole, mientras tanto, aceptó refocilado la invitación de Vittoria para ir a recoger margaritas silvestres.

Ludovico, irritado, separóse de Fausta Dampiero, al ésta declarar que deseaba pasear a solas.

Massimo e Isabela, pacíficamente, dedicáronse a jugar al

ajedrez, lo cual suscitó en el despechado Gonzaga un comentario antes de echarse a sestear:

—El cielo da dientes a quien no quiere comer —aludiendo a la proverbial indiferencia con la que el bello Massimo trataba a cuantas mujeres le rodeaban.

Dirigiéronse a la playa, Fausta Dampiero se encogió de hombros, entre desdeñosa y divertida, al oír, procedente de un matorral cercano, la voz de Vittoria, que, como si la cosquillearan, clamaba:

—Seamos serios, Ercole. Vinimos a recoger margaritas.

Alejóse la orgullosa mujer, pensando que era muy peligroso el juego que su hermano se traía con la coqueta y sabia Vittoria, que era tolerante, sin permitir sobrepasar límites.

Bordeaba la playa, ascendiendo por unas rocas, cuando, casi a punto de coronar la cima, se detuvo.

Oía perfectamente un diálogo, al otro lado de la roca:

—Ahorro, y pronto tendré mi barca, Giacinta. Entonces…, si sigues siendo buena chica, comiendo mucho y durmiendo como las personas, te pediré que formemos un hogar.

Percibióse un sollozo convulsivo.

—¡Qué bueno eres, Gianfosco!

El nombre del siciliano hizo que la escondida Fausta Dampiero alzara la cabeza, como si la sorpresa la hiciera sobresaltarse.

—Bueno, ¿por qué? Los dos somos pobres… Te quiero, me quieres, y ya está. Muy sencillo.

La voz del hombre era ronca, brusca.

—¿Puedo… puedo decirlo así a mis padres?

—Naturalmente, pequeña.

—¿Voy a decírselo?

—Como quieras.

—¿Vienes conmigo?

—Prefiero quedarme aquí. Ayer, desde aquí mismo, vi cabecear a varios atunes. Y ya sabes, es señal de bancos de sardina. Si vuelvo a verlos, saldré con la barca que me ha prestado tío Matías.

Oyóse el deslizar por la arena de unas pisadas. Al cabo de unos instantes, Fausta Dampiero lanzó un grito.

Gianfosco, el siciliano, asomó por la cumbre de la roca. Vio a sus pies a una mujer que, cubriéndose el rostro con un pañuelo, gemía…

—¿Qué os sucede, señora? —preguntó el pescador, acudiendo.

—Me he extraviado, y debo haberme torcido un tobillo.

La aguda mirada del hombre acostumbrado a extasiarse en paisajes y horizontes, descubrió a lo lejos las coloridas motas que denotaban atuendos y corceles.

—Seguramente allá están vuestros acompañantes, señora. ¿Os podéis poner en pie? Tratad de andar apoyada en mi hombro.

Simuló ella intentarlo, cayendo de nuevo.

—Permitid que os lleve en brazos.

—¿Podréis? Mirad que soy alta y gruesa.

Rió Gianfosco, con sencillo orgullo.

—Fuerte soy, señora. Además, si bien sois alta, no sois gruesa, sino… bien formada.

La enlazó, levantándola en vilo. Ella apoyó el rostro en uno de los hombros, manteniéndolo así oculto.

Gianfosco echó a andar, con paso aplomado, sin dificultad.

—¿Sois de aquí? —preguntó ella.

—No.

—¿Vuestro nombre?

—Gianfosco.

—Fuerte sois.

—Mi oficio es de los que endurecen los brazos.

Llegaban ya al lindero. Correteando riente, apareció Vittoria Gonzaga. Tras ella, iluminado el semblante sudoroso y enrojecido, presentóse Ercole Dampiero.

—¡Maldición! —rugió de pronto éste, al divisar al pescador—. ¡Ludovico! ¡Massimo! ¡Auxilio!

Forcejeó Gianfosco por desasirse del tenaz abrazo con que Fausta Dampiero se enroscaba a él, apretadamente.

Lacayos acudieron armados… Varios de ellos sujetaron por detrás al pescador. Sólo entonces se desasió Fausta.

Luchó Gianfosco, derribando a varios lacayos. Massimo Firenze y Ludovico Gonzaga, ayudados por otros dos lacayos, consiguieron inmovilizar al siciliano y atarle contra un árbol.

Y Fausta Dampiero bajó la vista, porque sentíase extrañamente molesta ante la mirada despreciativa del guapo y hosco pescador, que impávido soportaba las injurias y los ternos con los que Ercole Dampiero acompañaba los fustazos que le propinaba en el busto y

piernas.

—¡Tu hora de castigo llegó! —dijo Ercole, cuando se cansó de golpear—. Ha terminado nuestro viaje, señores.

—Ya era hora —dijo por lo bajo Massimo Firenze, recomponiendo sus vestiduras desarregladas.

—¿Cuál es la muerte que se merece este vil plebeyo que osó matar a su señor? —inquirió Ercole Dampiero.

—Hasta el anochecer hay tiempo para decidirlo —aconsejó Ludovico Gonzaga—. La horca es benévola. El puñal, rápido. ¿A fuego lento?

—Propongo cazarlo —dijo Massimo Firenze—. Montados a caballo, ordenad vos, Ercole, que den suelta a ese jabalí. Azuzaremos las jaurías, y será entretenido.

Las tres mujeres se habían apartado. Ercole Dampiero, secándose el sudor, masculló:

—Bebamos, y decidiremos que clase de muerte será suficiente para aplacar mi sed de venganza. También las damas son ingeniosas, y podrán aportar ideas. Enseñaremos a ese plebeyo lo que cuesta atacar nuestros privilegios.

Gianfosco desistió de forcejear con las cuerdas.

Y con fatalismo resignado se dispuso a soportar valientemente su cercano suplicio. Oíanse las risotadas de la alegre reunión unos, pasos más allá.

CAPÍTULO V

LA HIENA Y EL LOBO

Desde lejos, quiso Dago Corsi contemplar la Gruta de Anfitrite, guarida de los Hermanos Corsos, turba de malos instintos, encauzados y dirigidos ahora por el trovador Luys Gallardo.

En los pensamientos del bandolero verificábase un cambio. No sentía ya odio hacia… su hermano. Pensaba que, al igual que sólo el hidalgo don Rodrigo habíale podido vencer por ley natural, también era lógico que sólo su propio hermano podía ser capaz de suplantarle.

Yen su orgullo, Dago Corsi estimaba que ya no era vejatorio ni humillante haber sido primero burlado por el trovador y luego apabullado por quien naturalmente era superior a él.

Únicamente había un punto obscuro en su raciocinio. ¿El hidalgo lo dejaba libre para someterlo a estudio? ¿La frialdad sarcástica con que le trató demostraba que aún resentía rencor hacia uno de los dos inconscientes causantes de la muerte de la gran dama cordobesa?

Dago Corsi era hombre de acción, y no de cavilaciones. El misterio que rodeaba las palabras y las acciones del hidalgo lunático ya se resolvería por sí solo.

Por el instante, le agradaba casi, desde la sombra, vigilar los pasos de su… otro yo. Le producía una extraña impresión averiguar repentinamente que tenía un hermano.

Un hermano: alguien en quien confiar, con quien compartir penas y alegrías…

Y por eso, cuando le vio abandonar la gruta, acompañado por el matachín enviado del turco, y penetrar en chalupa que les esperaba, alejándose mar adentro, Dago Corsi notaba que todo rescoldo de

odio contra el audaz trovador habíase esfumado.

Su encuentro con Gubio Orsini, el exterminio de los agentes del Pulpo, su generoso perdón a la francesa, y la gratitud de Sandra Renzo[1], le dieron una sensación nueva.

Y presuroso galopó hacia el peñón, con ansias de comunicar al hidalgo lunático que también él sabía ser caballeroso, a su modo.

En el estrecho istmo, surgió la figura de Máscara de Cera, la cual brevemente hízole saber que en la conocida casa de los d'Evisa estaban prisioneras Altiera y Alicia de Montemar.

Y hacia allá partió raudamente, con un indefinible anhelo: que Alicia de Montemar no le mirase con temor y repulsión.

Casi rió con humana alegría pensando que, en la ausencia del trovador, le iba a ser agradable continuar el juego, suplantándolo.

* * *

Ignorante de la muerte de Ulrico Wolemburg a manos de Gubio Orsini ([2]), Beatriz Goldstein, necesitada de reposo, dormía profundamente.

Y dormía confiada, placenteramente. La despertaría Ulrico, y empezaría a consumar su venganza.

Muy avanzada ya la noche, abrió los ojos, se desperezó, y, meditando que la misión de Ulrico precisaba tiempo, levantóse.

Fue encendiendo las restantes velas de un candelabro, y en gesto habitual, mientras se dirigía al subterráneo, donde una gran nave oficiaba de mazmorra, acarició la empuñadura de su largo estilete, llamado «misericordia».

Descendió unas escaleras, quedamente, pisando sin ruido. Se detuvo ante la gruesa puerta de madera, cuyos herrajes anticipaban la segunda puerta de barrotes, que daba acceso a la mazmorra.

Descorrió lenta y suavemente una mirilla, dejando el estricto espacio para divisar el interior, débilmente iluminado por una linterna alta.

Con refocilamiento sádico contempló a sus prisioneros, destinados a cruel muerte.

Vio a su marido. Giacomo d'Evisa, el único hombre allá recluso. Veíasele deprimido, aunque para

fortalecer el ánimo de su hija Clara trataba de aparentar serenidad.

Cerca de ellos, en silencio, Altiera de Montemar abrazaba a su hermana Alicia.

El ignominioso comportamiento del que creyeron «Faciatosta» las había sumido en temeroso estupor.

Y a las atribuladas preguntas de la condesa de Montemar, replicó Giacomo d’Evisa explicando todo el drama vivido entre los muros de aquella casa, desde la aparición de la que llamaba «hiena».

Sacó por fin deducción Altiera de Montemar: estaban presas en poder de la que quería vengarse del trovador.

No quiso explicárselo a su hermana, para no acrecentar el pánico en su impresionable espíritu.

Las horas lentas en la angustiosa espera hacíanse interminables. Fue tras largas reflexiones que Alicia de Montemar, con extraña clarividencia, y en ocasión de que Clara d’Evisa dormitaba entre los brazos de su padre, alejados ambos, murmuró:

—La suerte que nos espera en manos de esta mesiánica tudesca no me asusta, hermana. Quisiera tan sólo salir de una duda que atormenta mi alma hace tiempo… Desde el día en que apareció Dago Corsi… ¿Por qué a instantes lo odio, y en otros… me inspira extraño sentimiento? ¿Por que a instantes fue conmigo amistoso, casi reidor, y a otros, tal, por ejemplo, cuando me dejó encerrada y prisionera, sus ojos tenían destellos diabólicos?

Altiera de Montemar juzgó que ya era inútil conservar el secreto de la doble personalidad que alternativamente había desconcertado a Alicia.

—Hice un juramento, pero no lo traiciono al descubrirte la verdad, Alicia.

Y recreándose en el recuerdo, evocó cuanto había sucedido desde la aparición de Luys Gallardo.

Fue iluminándose el semblante de Alicia de Montemar, la cual, al terminar Altiera de hablar, musitó:

—Ahora comprendo… Comprendo por qué, tú, mi altiva y honesta hermana, fraternizabas y dabas tu sonrisa al que yo creía engendro del Mal. ¡Perdóname, madrecita! —Y se abrazó

convulsivamente a su hermana—. Pero hubo momentos en que te juzgué mal… Ahora comprendo también… por qué yo misma a instantes sentía un extraño atractivo en la persona del que supuse ser Dago Corsi…

—Ya dejó el Diablo Corso de ser el terror de Córcega, y su muerte ha sido un bien para todos. Bella es la gesta del trovador, que con alegre desenfado acaudilla los bandoleros, devolviéndolos al buen camino en defensa de la libertad de Córcega.

Y para ahuyentar el temor a lo ignoto, en aquella espera agobiante, de una cercana muerte, Altiera de Montemar siguió hablando de Luys Gallardo, y, comprendiendo que su hermana estaba enamorada del trovador, insistió en determinada ocasión:

—Toda mi simpatía se granjeó Luys Gallardo por su gesta.

—Pero él… te ama.

—No… Es tan sólo un trovador que para todas tiene un madrigal. Son hombres errantes, que en cada balcón donde asome un rostro femenino buscan una sonrisa.

—¿De veras nada supone para ti Luys Gallardo?

—Amo a Ugo Paolo Renzo…

Volvióse Alicia a abrazar a su hermana, y susurró:

—Será infantil, Altiera, lo que voy a decirte. Al parecer, no tenemos esperanza de salvación. Pero yo confío… ¡confío en él! No puedo morir ahora, que sé que soy libre de quererle…, ¡porque le quiero, Altiera!

Ocultaba la niña el semblante en el seno de su hermana mayor, que hacía ya años actuaba a modo de benévola madre.

—¿Es pecado, Altiera, enamorarse de un trovador?

—No lo es, niña, si el trovador se llama Luys Gallardo. Y eso es… Tienes razón. No debemos abatirnos… ¡Él nos salvará!

Confortada por la piadosa mentira de su hermana, y ya apaciguadas las dudas que hasta entonces la habían mortificado, Alicia de Montemar, ojos cerrados, se adormiló en la esperanza y la evocación.

Era ya tarde cuando chirrió la pesada puerta, y, manteniéndola entreabierta, depositó Beatriz Goldstein el candelabro en el suelo, en el espacio libre entre la cancela de barrotes y la puerta a sus espaldas semiabierta.

Sonreía perversamente, bella y seductora a los ojos fascinados de

Giacomo
d'Evisa,
maligna y amenazadora para las tres mujeres, que reconocían en ella un temperamento sádico y de perversa complacencia en la maldad.

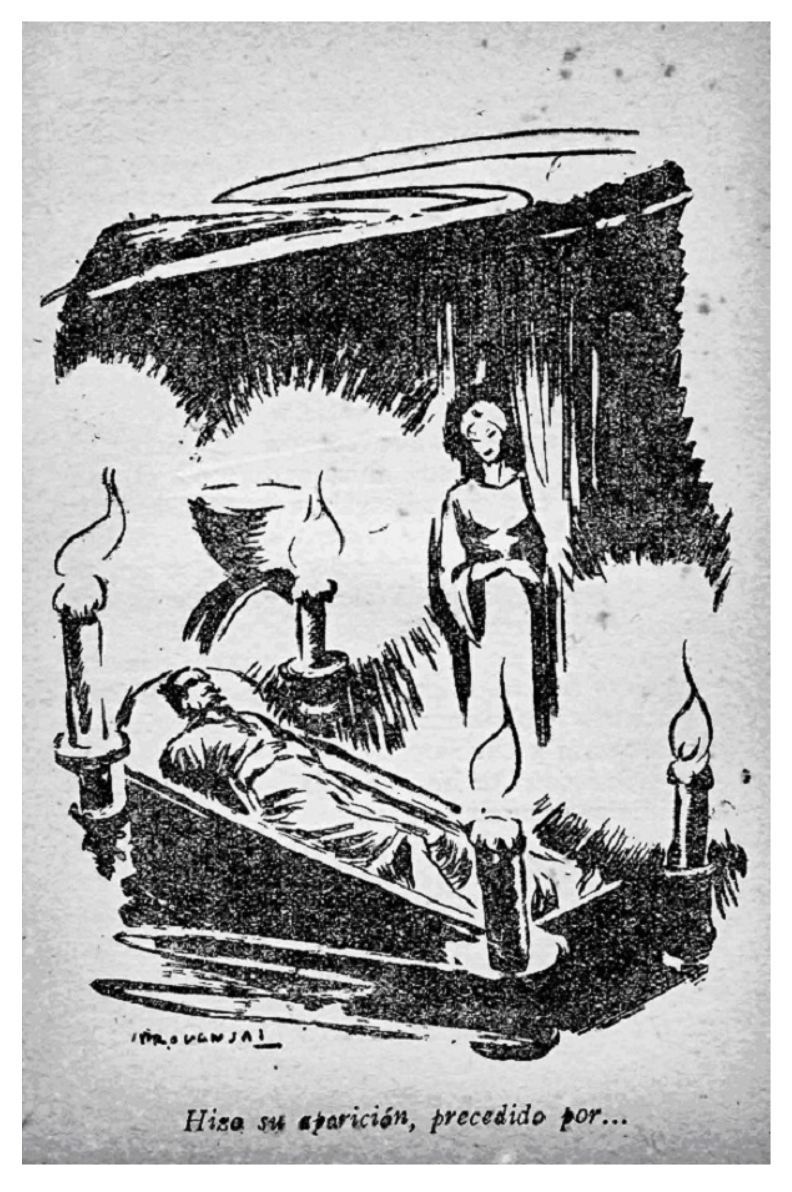
Hizo una burlona reverencia.

—Mis respetos, señora condesa de Montemar. Os reconozco por vuestro altivo porte y por el abrazo protector con que albergáis a vuestra hermana menor. El que aquí os trajo, y que creíais fuera Ugo Paolo Renzo, vuestro prometido, era mi sumiso esclavo y amante, Ulrico Wolemburg. ¿Queréis preguntarme algo, condesa?

—¿Qué mal os ha hecho esta inocente criatura? —inquirió Altiera, mirando fijamente a la tudesca, y señalando implícitamente a la que se refugiaba en ella, abrazada y temblorosa.

—¿Qué daño te hizo mi hija? —exclamó Giacomo
d'Evisa,
avanzando un paso.

Dominando a los cuatro prisioneros, desde la altura del pequeño rellano, Beatriz Goldstein, con maligno júbilo contenido, adoptó un aire de condescendencia para explicar:



Hizo su aparición, precedido por...

—A ninguno de vosotros odio. No sois más que seres de poca importancia. Moriréis… tan sólo porque ello habrá de causar furor a Dago Corsi. ¡Mi venganza contra él y no contra vosotros! Pronto vendrá mi fiel Ulrico, con la última presa… No la conocéis: es Bárbara Foscari, la que disfruta del amor pasional y generoso de Dago. No tardará en reunirse con vosotros, y Ulrico será mi

ejecutor. Hizo una pausa, para añadir, suavemente:

—Es mi ofrenda a Dago Corsi…

La puerta se abrió a espaldas de la que, asiéndose a los barrotes, hablaba con delectación.

Bruscamente, Dago Corsi anunció su oportuna llegada diciendo:

—Gracias. Aquí estoy para recoger tu ofrenda, Un delirio frenético, en el que se mezclaba miedo, odio y sorpresa, hizo revolverse a la tudesca, que con salvaje ferocidad abalanzóse uñas en alto.

En el estrecho espacio, inmóviles los dos, el bandolero la asió por las muñecas.

—Te harás daño, hiena —silabeó Dago Corsi.

—¡Ulrico! —aulló ella, en el paroxismo de un furor sin límites, al comprobar que, por segunda vez, se interponía la misma figura en su camino sangriento.

—Difunto y cadáver —dijo el bandolero, con macabro humorismo.

Las fuerzas abandonaron a la que, desmayándose, quedó reclinada contra el pecho de Dago Corsi. Éste, desconfiado, la enlazó, mientras, quitándole las llaves que pendían del cinto, abría la cancela.

En brazos condujo escaleras abajo a la tudesca, depositándola sobre un duro banco, encima del cual pendían argollas.

Miró con indiferencia a los d'Evisa, con esbozo de extraña sonrisa a Altiera de Montemar y con respetuoso cohibimiento a Alicia.

Avanzó Altiera, radiante:

—De nuevo mis plácemes, trovador. Sabes presentarte como ninguno.

No oía el bandolero ni las confusas expresiones de gratitud de Giacomo d'Evisa y su hija, ni las palabras de Altiera.

Veía tan sólo, y le producía una íntima euforia, la expresión de arrobo y admiración con que Alicia de Montemar le contemplaba.

Tenía ya ansias de verse a solas con ella, sintiéndose emocionado como un adolescente que presiente el albor de un

maravilloso amor compartido.

Rompió el encanto de aquel minuto, en que mudamente tanto expresaban los ojos de Alicia de Montemar, y al apoyarse en su antebrazo la diestra de Altiera, ofreció el otro a su hermana.

Miró ceñudamente a Giacomo
d’Evisa.

—La suerte de tu hija en tus manos está. Adiós.

De las caballerizas sacó las dos hacaneas en que habían venido ellas, y con brusco gesto que suavizó hablando, dijo:

—Permitid mi escolta hasta el castillo.

Abandonaban los jardines de la mansión, cuando a su lado Altiera de Montemar dijo:

—No creyendo volver a ver la luz de la vida, confesé a mi hermana quién eres tú, trovador. Así es mejor…

Torció el gesto el bandolero, pero en la obscuridad no fue visible su contrariedad.

Masculló:

—¿Por qué lo crees mejor?

—Temía al que murió estrangulado. Y… ¡quiere al alegre trovador!

Venía Alicia rezagada. Retrocedió Dago Corsi, para, con extraña voz acariciante, indicar:

—Reúnete con Altiera, y apresurad el paso de las monturas.

Tras ellas, meditó Dago. Era hombre que estimaba que las deslealtades dan triunfos en lides de combate. ¿Por qué no en lides de amor? Que al principio ella le confundiera con Luys Gallardo…, no tenía importancia y servía a los fines de su sincero amor.

Después…, como en todo, el tiempo resolvería. Por ahora, iban hacia el castillo de Montemar, y, en ausencia del trovador, trataría de imitarlo tan bien, como él imitaba al bandolero.

Y sintióse doblemente contento: estimaba graciosa la aventura de los dos hermanos, que, sin uno saberlo, se suplantaban… Y también, aunque sin saber definirlo, le producía satisfacción el inspirar por vez primera con su presencia sonrisas radiantes de simpatía y amor.

* * *

En la mazmorra de la mansión de Giacomo

d’Evisa,
éste obligó a retirarse a su habitación a Clara, que por sumisión filial obedeció.

Cuando hubo cerrado la puerta por dentro, Giacomo
d’Evisa,
que había quitado del cinto de Beatriz Goldstein su estilete, lo apoyó en la garganta de la que seguía desvanecida.

Pensaba en que apagar la existencia de la mesiánica criminal era un acto de justicia. Era la mujer que le había esclavizado torpemente los sentidos, convirtiéndolo en un muñeco sin voluntad.

La belleza fatídica de la tudesca resplandecía estatuaria en su desmayada postura. Giacomo
d’Evisa
apartó el arma…

Vacilaba, y el estilete cayó al suelo.

Abrió Beatriz Goldstein los ojos. Los volvió a entrecerrar rápidamente… Estaba a solas con el hombre sobre el cual había tenido pleno dominio.

Se hizo lánguida y desmadejada, para inquirir:

—¿Dago…?

—Se fue. Tú y yo estamos a solas, Beatriz.

Levantóse ella con voluptuosa felinidad.

—Podemos volver a ser felices, Giacomo.

El cinismo hizo erguirse al prócer. Ella sabiamente le abrazó, haciéndose pequeña, perdiendo estatura…

—Mi amor te es necesario, Giacomo…

De pronto consiguió ella lo que se proponía. Su diestra asió la empuñadura del estilete. Fue irguiéndose de nuevo, manteniendo el abrazo.

Con última rebeldía viril contra la sensualidad que le iba invadiendo con su dogal aniquilador, Giacomo
d’Evisa
asió bruscamente la garganta de la hechicera hembra.

Beatriz Goldstein hundió el estilete entre los omoplatos del que, gimiendo una imprecación, apretó los dedos alrededor del cuello de ella, que, con furia, repitió el golpe mortal.

Las últimas energías del hombre miserablemente engañado crecieron por el agónico pensamiento de que debía defender a su

hija, contra toda posible maldad procedente de la hermosa diablesa.

Le era imposible a Beatriz Goldstein desprenderle de las manos que la iban asfixiando, deformando su bello rostro…

Arañó, mordió, arrastró en su caída al moribundo… Cesó todo movimiento poco después. Giacomo d’Evisa, inerte, tendido junto a la tudesca, parecía acariciar a la estrangulada «Dama Misericordia».

Capítulo VI

EL PLEBEYO Y LA DAMA

Gianfosco humedecióse los labios resecos, mirando sombríamente a la que, despaciosamente, a solas, acercábase al lugar donde estaba sólidamente atado a rugoso tronco.

Fausta Dampiero habíase separado sin ser vista del grupo que, animadamente y con risotadas, intercambiaba opiniones acerca del mejor tormento aplicable al «plebeyo» que osó matar a un Dampiero, noble y patricio.

Era un tema muy interesante, y eran largas las discusiones, mientras, debido al calor, se bebía con abundancia.

Gianfosco volvió a mirar despreciativamente a la aristócrata. Y por segunda vez sintió Fausta Dampiero molesta.

—Mataste a mi hermano —dijo, en voz baja, separada apenas un paso del pescador.

Y, más que una acusación, parecía que ella se justificaba por haber atraído con engaño al hombre que creyó en su accidente.

—Y cien vidas tuviera él, cien veces volviera a quitárselas —dijo, serena y firmemente, el siciliano.

Extrañada, murmuró ella:

—No eras tú el perjudicado, ni lo fue nadie.

—¿Qué sabes tú? Desde la cuna te enseñaron a considerarte superior a nosotros y a los que me son iguales. No te culpo…

Forzó ella una risa que quería ser irónica.

—Eres gracioso, Gianfosco. ¿Conque no me culpas tú… a mí?

—Quien siempre está junto al alto campanario, sólo oye una campana repicar y a sus sones se acomoda.

—Para ser un plebeyo pescador, hablas con donosura, aunque no entiendo el significado de tu alegoría.

—Para ti yo soy un ser inferior, un mísero siervo de la tierra de los Dampiero, que, estando obligado a agradecer los latigazos porque demuestran un interés, se rebeló y merece la muerte.

—Mataste a mi hermano —repitió ella.

—Porque torturó a mi único amigo y a su esposa.

—Libre derecho del señor era hacerlo, y no el tuyo el de inmiscuirte, ya que ni siquiera era a ti a quien causaron perjuicio.

—¿Admites, pues, que hubo perjuicio?

—Era un modo de hablar, puesto que nadie discute el derecho primordial de pernada que tiene el señor del dominio donde entre sus vasallos se verifique boda.

—Inútil es nuestra conversación.

—¿Por qué? ¿No dices que desde niña sólo he oído un son? Déjame oír el tuyo.

—Si eso te divierte, también a mi me gusta poderte decir cosas que al parecer ignoras.

—Instrúyeme.

—¿Crees que por haber leído latín y griego, saber de artistas y entender de música, eres humana y conoces lo que a tu alrededor sucede? Vives muy arriba, y de lo que es vida, sencilla, vida en sí, yo puedo enseñarte, y mucho, porque la tierra he regado con mis sudores, y el remo y la vela encallecieron mis palmas. Más hombre me considero que los muñecos que te son familiares. Y aun considerándolos a ellos unos déspotas sin hombría, acepto el hacer una comparación. Suponiendo que la tierra de Dampiero tuviera otro señor con más poder que tu hermano… Y que éste, al irse a casar, tuviera que permitir el oprobio que implica el mal llamado derecho de pernada, ¿sería un criminal porque armas en mano se opusiera a ello? No… ¡Sería tan sólo un hombre! ¿Y qué sucedió en el caso de mi amigo? No sólo fue torturado y escarnecido, sino que, antes de morir, vio morir a su amada. ¿En nombre de qué Dios y de qué derecho así se comportan los señores de Dampiero? Bestiales alimañas os considero, y algún día seréis aplastados.

—¿Alimaña me consideras a mí?

—Tú eres mujer, y nosotros los plebeyos ni insultamos ni ofendemos a las mujeres. Las protegemos.

—Para un hombre que va a morir, muy protector estás.

—La ironía es cualidad mezquina. Burlarse es reconocer que no

se hallan otros argumentos. ¿Te divertiste bastante? Regresa junto a los tuyos.

—Esperaba de ti otra actitud.

—¿Qué esperabas?

—Que me maldicieras, que me insultaras…

—¿A ti? ¿Por qué?

Yo con engaño aquí te traje. Si preso estás, a mi se debe.

No tienes tú culpa de considerar de justicia mi estado de cosas que variará pronto.

—Extraño eres, Gianfosco. Están discutiendo el modo en que vas a ser ejecutado. Te concedo un favor. ¿Cuál es tu último deseo?

—Que fervientemente anhelo que si algún día, por herencia, eres tú la que en las tierras de Dampiero mande, recuerdes que mejores siervos tendrás si impides que contra ellos se cometan actos que atenten a su dignidad de hombres.

—¿Nada más?

—Más pediría, pero no gusto de suplicar en vano.

—Pide.

—Los señores que te acompañan gozarán en humillarme. Evítamelo, si alienta en tu alma algo de bondad.

—¿Qué quieres? ¿Que te dé libertad? —rió ella.

—Hunde un acero en mi costado, y abrevia mi triste vida. Será un acto de piedad.

—¡Fausta! —llamó, a lo lejos, la voz de Ercole Dampiero.

Ella miró unos instantes al prisionero, y alejóse apresuradamente, surgiendo ante la alegre reunión, por lugar distinto y opuesto a donde se hallaba Gianfosco.

—No quisiste terciar en la discusión —reprochó Ercole.

—Entiendo poco de artes sanguinarios.

—¿Sanguinarios? —asombróse Ercole—. No llames así a lo que no es más que un acto de estricta justicia.

—Hemos acordado —intervino Massimo Firenze— que, siendo demostrada la falta de pericia en el manejo del arco que caracteriza a las damas, os sean dadas lecciones prácticas. Y contra un blanco inmóvil, tomaréis las primeras. ¿No es así, señoras?

Isabela Cándamo dijo, decidida:

—No tomaré parte en ese juego… Podría matar al plebeyo.

Iba también a negarse Vittoria Gonzaga, pero ante la imperiosa

mirada de Ercole Dampiero, dijo:

—Intentaré.

Massimo Firenze daba por supuesto que Fausta no se opondría. Prosiguió exponiendo el «festejo»:

—Confiando en que algún resto de vida aliente en el ajusticiado, al terminar las Dianas su lección, hemos considerado que para futuro escarmiento sean verdugos y después relatores los criados. Se encargarán de atar por brazos y piernas al ajusticiado a sendos caballos que sean fustigados hacia los cuatro puntos cardinales. Y lo que quede del así sentenciado, será expuesto en la Plaza Mayor del señorío de Dampiero. Damos fe, y rubricamos —terminó, riendo, imitando el estilo de los jueces.

—Antes, fortaleced el pulso con nueva libación —invitó Ludovico Gonzaga, tendiendo copas.

Caían ya las primeras sombras del crepúsculo. Gianfosco pensaba en Giacinta, la humilde y sumisa doncella…

Sintió un roce a sus espaldas. Un ruido semejante al que produciría un roedor mordiendo la corteza del árbol.

Tensó los músculos, poseído de repentina esperanza. El ruido que oía lo producía un acero cortando lenta y tenazmente las ligaduras que lo ataban tronco y piernas contra el árbol.

Sintió sus piernas libres. No podía ver quién se hallaba tras el ancho tronco.

Gruesas gotas de sudor inundaron su frente al percibir que las cuerdas iban cediendo alrededor de sus brazos y busto.

Cesó el ruido. Oyó unos pasos deslizarse, alejándose.

Hinchó los músculos, y forcejeando consiguió liberarse. Cayeron las cuerdas al suelo…

—¡A caballo! —gritó Massimo Firenze, que se acercaba, y acababa de ver separarse del árbol al hasta entonces prisionero—. ¡A caballo, amigos!…

¡Huye el maldito asesino!

En unos segundos reinó la mayor confusión. Gritaron ellas, alborotóse la servidumbre, saltaron a caballo Ercole Dampiero y Ludovico Gonzaga, mientras, ya adelantado, poníase al trote el robusto alazán montado por Massimo Firenze.

—¡Halalí! —gritó jovialmente Massimo Firenze, lanzando la exclamación que daba suelta a caballos y jaurías, en persecución del

jabalí.

Retrasaba a voluntad el tranco de su caballo, mientras por el bosque, corriendo velozmente, Gianfosco buscaba afanosamente escapar.

—¡Los perros! —ordenó, furioso, Ercole Dampiero, retrocediendo—. ¡Presto! ¡Azuzad! ¡Dadles a oler las cuerdas!

Varios criados, conteniendo a duras penas a los perros excitados por la gritería, acercáronse al tronco que hasta entonces había mantenido preso a Gianfosco.

Recogieron las cortadas cuerdas, que hicieron olfatear a los sabuesos.

Y echaron a correr dando largas a las correas que sujetaban las jaurías, mientras Firenze, Gonzaga y Dampiero, a caballo, obligaban a sus monturas a seguir el intrincado camino por el cual Gianfosco, a todo correr, intentaba librarse de la persecución.

CAPÍTULO VII

AMOR-AFECTO, AMOR-PASIÓN

Giovan Fierro, el robusto y maduro capitán de armas del castillo de Montemar, mesábase los cabellos, estrujaba entre si sus manos, pataleaba y daba, en fin, todas las pruebas exteriores de la mayor desesperación y desconsuelo.

Hallábase en la sala de armas del castillo, donde, en camastro, un hombre corpulento yacía tendido de bruces, mientras, arrodillado a su lado, el galeno de los Montemar aplicaba una tras otra hilas empapadas en hierbas y miga de pan.

Hilas que, después de permanecer unos instantes aplicadas sobre la nuca del yacente, retiraba empapadas en sangre.

—No debemos desesperar… —repetía, incesantemente, el galeno —. Los cortes y tajos que el felón asesino dio, fueron desviados por el collar que, afortunadamente, lleva «Faciatosta» bajo su armadura. Laceradas están las carnes, pero me atrevo a asegurar que ningún órgano vital está dañado. Comprobad, capitán, que vuestro amigo respira…

—¡Y dejarás tú de respirar y de hablar, si se muere! —vociferó Giovan Fierro.

Aplicóse el galeno con afanoso esmero a cuidar las atroces heridas que en la nuca presentaba Ugo Paolo Renzo, atacado a traición por él puñal de Gubio Orsini.

Lo que llevaba la desesperación de Giovan Fierro a accesos de rabioso delirio era su imposibilidad para acudir en ayuda de las condesas de Montemar.

Ya no le cabía duda alguna de que habían caído en emboscada. Pero ¿quién la tendió? ¿Dónde estaban? ¿Qué medidas tomar? Y la negativa respuesta que a aquellas mismas preguntas veíase obligado

a hacerse sumía al buen hombre en profunda irritación.

No le bastaba saberse exonerado de toda responsabilidad, puesto que él, como ellas, creía fue «Faciatosta» el que acudió a buscarlas.

Mitigó un poco su furor el oír decir al galeno.:

—Gracias a la excepcional constitución de vuestro amigo, y al benéfico azar de la cadena que desvió el puñal, estoy en condiciones de afirmar que sanará.

Ayudado por el médico, procedió Fierro a colocar con sumo cuidado al malherido boca arriba.

Hasta para ambos hombres, acostumbrados a ver fealdades, y exentos de sensibilidad, el rostro quemado del noble condotiero les produjo pavor.

Un cúmulo de negras cicatrices, ausencia de cejas y excrecencias capilares, morados y livideces en confusa mezcla, eran los rasgos que formaban la faz del que antaño fue, antes del asalto donde recibió aquellas atroces quemaduras, un hombre de guapo rostro.

—Semeja una piedra de lava —murmuró el galeno.

Giovan Fierro rasgó un pedazo de banderín negro, y, como era costumbre en Ugo Paolo Renzo, le cubrió con la tela el rostro, dejando sólo al descubierto la pupila sana.

Cerrados los párpados, Ugo Paolo Renzo respiraba imperceptiblemente.

Giovan Fierro, a la usanza de entonces, quiso comprobar si la vida no había huido del fuerte condotiero. Aplicó la punta de su daga en el dorso de una de las manos del malherido.

Hincó… hasta que la única cuenca sana de Ugo Paolo Renzo mostró al alzarse el párpado una pupila que, vaga y apagada, miró, no obstante, al que inclinado sobre él, murmuró:

—¿Me oyes, «Faciatosta»? Soy tu amigo Giovan Fierro. ¿Me oyes?

El condotiero movió su mano diestra, como asintiendo.

Y tranquilizado ya por lo que a su amigo respectaba, quiso indagar Giovan Fierro:

—¿Fuiste tú el que vino a buscar a mis señoras?

La mano del herido denegó. Volvió a cerrar el párpado… Tras el capitán, respetuosamente, hizo constar el médico:

—Ha reaccionado ya vuestro amigo. Ahora duerme… Y despertará capaz para hablaros, capitán.

Sólo media hora después dióse cuenta Giovan Fierro de algo que había echado en olvido.

Inquirió en vano por Bárbara Foscari, la prometida de Dago Corsi, la mujer que, merodeando por allá, dio con el cuerpo agonizante de «Faciatosta».

No estaba ya en el castillo. Olvidóse de nuevo de ella el capitán, que desfogó su ira paseándose con nerviosas zancadas a lo largo de las almenas.

Y semejó resucitar, riendo infantilmente, con carcajadas y acopio de palabras incoherentes, cuando un centinela exterior acudió corriendo a anunciarle que las condesas de Montemar aproximábanse acompañadas y escoltadas por el Diablo Corso.

Si alguna vez el Diablo fue bendecido e invocado con fervor, lo fue en esta ocasión, cuando, deshaciéndose en saludos y palabras de bienvenida, Giovan Fierro ayudó a Altiera de Montemar a poner pie a tierra.

Alicia, ayudada por Dago Corsi, manifestó un desencanto que satisfizo al bandolero cuando Altiera anunció:

—Debes retirarte a descansar, Alicia. Estamos fatigadas, y messer Corsi nos hará el honor de hospedarse aquí hasta cuando quiera. Buenas noches, Alicia.

Besó ella a su hermana, y se le antojó al bandolero que la voz que oía era preludio de promesas, cuando ella se despidió:

—Hasta mañana, messer.

La enamorada expresión que suavizaba los rasgos faciales del bandolero al seguir la vista el paso lento con el cual, precedida por doncellas y seguida por pajes, alejábase Alicia de Montemar, produjo en Altiera una extraña impresión.

Trató de ser severa consigo misma, Debía olvidar al trovador… Era la prometida de «Faciatosta».

—¿Aceptáis, messer, mi hospitalidad? —preguntó.

—Muy a gusto.

—Mi capitán os acompañará a vuestra habitación. Hasta mañana, messer.

Con respetuoso gesto invitó Giovan Fierro a seguirle al bandolero. Y a la par que abría la pesada puerta de una amplia alcoba de huéspedes de honor, dijo:

—Gracias os sean dadas, messer Corsi, por ser el caballero

tutelar de mis señoras.

—Buenas noches, soldado —despidióse, secamente, Dago Corsi.

Y ya en la alcoba, el bandolero, mientras iba quitándose las dagas que atrás en el cinto llevaba, sonreía. Iba a amanecer un nuevo día para él: Alicia de Montemar le acogería con amor.

Mientras, Giovan Fierro comunicaba a Altiera el suceso, que hasta entonces calló.

Y por el resto de la noche, ella estuvo velando el sueño inquieto del bravo condotiero. En sus pensamientos prevaleció el deber: por su linaje, tenía que casarse con Ugo Paolo Renzo, un hombre que, si bien no le inspiraba pasión, era digno de todo su afecto.

Procuró que cicatrizase la herida que en su amor propio produjo el ver que el trovador, que hasta entonces parecía inclinado a dedicarle frases madrigalescas, ya no tenía atenciones más que para su hermana.

Y difícil era el problema que se le presentaba: era evidente que Alicia, al conocer la suplantación, no tenía trabas para el sentimiento amoroso que le inspiraba «1 apuesto aventurero galante.

Si ella, como hermana mayor y consejera, aducía que la boda con un trovador errante era imposible…, ¿no cabría suponer que hablaba la mujer que secretamente habíase sentido tal, ante la alegre corte del trovador?

Decidió que fuera «Faciatosta», como futuro señor consorte en el dominio de Montemar, quien resolviera aquel dilema.

Al amanecer, «Faciatosta», fortalecido por el descanso y un cordial que repetidamente le administró Altiera, mostró en sus primeras palabras su principal preocupación:

—Deploro haberos dado quehacer, Altiera. Y triste figura la mía yaciendo atendido por dama.

Supo Altiera, sinceramente, hallar palabras que tranquilizaron al condotiero. Sentía gran afecto por aquel hombre, que, pudiendo vivir ociosa y cómodamente, había preferido luchar por la independencia de su patria, y, en la lucha, quedar desfigurado.

Y poco a poco llevó la conversación al terreno deseado.

—Necesito vuestro consejo, Ugo. Pronto seréis mi dueño, y me habéis ofrecido la lealtad de vuestro fuerte brazo, y el consejo experimentado y paternal que falta hace en el castillo de Montemar.

—Honor que espero sabré siempre merecer, Altiera.

—Es a propósito de Alicia. Está… enamorada de messer Corsi. Y él, se humaniza ante ella.

—La influencia de una dama honesta y buena puede ser beneficiosa para el Diablo Corso.

—¿Sería desdoro que… enlazara Alicia con… messer Corsi?

—Hoy por hoy, messer Corsi es útil a la causa nuestra. Si la defiende con lealtad y decoro, será un condotiero más. Y, como tal, si hace olvidar su pasado…, podría aspirar al honor de convertirse en hombre de bien.

Poco, después ausentábase Altiera. Halló en uno de los patios a Dago Corsi.

—Antes de retirarme a dormir, quisiera hablar seriamente contigo, trovador —dijo, sonriente, aunque con esfuerzo.

Dago Corsi miró en rededor. Estaban solos. Los soldados que por allí transitaban, lo hacían a respetuosa distancia.

—Hablemos, mi dama —dijo, risueño.

En los escasos momentos en que algo le producía alegría, Dago Corsi ostentaba una sonrisa inquietante, atractiva…

—No hay juego ahora —dijo ella.

—¿De qué juego hablas?

—Debes olvidar que eres un trovador retozón, porque podrías destrozar el corazón de Alicia. Ella es muy niña… Me confesó anoche…, al saber quién eras realmente, que… te quiere.

—Y yo a ella.

—¿Estás cierto de que no obedeces de nuevo a un fugaz capricho que con amor confundes?

—Cierto —dijo enfáticamente Dago Corsi, golpeándose el costado izquierdo.

—Entonces…, autorización tienes; para cortejar a Alicia. Pero… recuerda que, así como «Faciatosta» acorde está en que si con lealtad defiendes la causa corsa puedas entroncar con una Montemar, también él puede un día exigirte cuentas si persistes en ser el desenfadado trovador Luys Gallardo. Él te cree Dago Corsi, y no puedo desengañarlo, aunque te favorecería. Buenos días, trovador.

Marchóse ella, algo desconcertada. En la mirada del que hasta entonces la había cortejado no existía ya vestigio alguno de galante

inclinación.

Fue a las nueve, cuando, una doncella, arreboladas las mejillas y temerosos los ojos, acercóse a Dago Corsi, para, con voz truncada por la emoción, anunciar que era esperado en el patio de las pérgolas.

Era un sitio delicioso, el preferido por Alicia de Montemar, que sentábase en un banco, mientras cerca de sus pies picoteaban palomos.

Y para el endurecido bandolero, que detenido en la arcada de acceso al patio, contemplaba a la que fingía no haberse aún dado cuenta de su presencia, Alicia de Montemar plasmaba dos ensueños: era el vivo retrato candoroso de Adriana de Montemar, y era la promesa de un futuro mejor, propicio a regeneración.

¿Que la dócil sumisión amorosa que se leía en los claros ojos de Alicia de Montemar se debía a que lo suponía Luys Gallardo? No le importaba ni le suscitaba celos, ya que físicamente era idéntica su apostura y presencia a la del trovador.

—Bienvenido —saludó ella, modosamente, señalando sitio en el banco.

Los palomos revolotearon, alejándose, al sentarse el bandolero. Y como se prolongaba el extasiado silencio con que Dago Corsi la miraba, ella trató de evitar fuera visible su zozobra halagada.

—¿Cómo debo llamaros? ¿Luys?

—¡No!… —exclamó bruscamente él. Para añadir, con leve sonrisa: —Recordad que siempre he de ser Dago Corsi… Llamadme, pues, Dago.

—Nombre que vos sabéis redimir.

Conversaron largo rato, y ambos, mutuamente prendados de cuanto oían, no percibieron el transcurso de las horas.

Al mediodía, en la mente de Dago Corsi, empezó a insinuarse, y fue adquiriendo reciedumbre, una idea. Debía hablar con el hidalgo lunático.

Despidióse, prometiendo volver al día siguiente. Ensimismado en sus pensamientos, no por eso su sexto sentido de alarma y desconfianza, que siempre alentaba en él, estaba apagado.

Encabritó su caballo cuando, en un terraplén cercano al sendero, un arma refulgió bajo el sol. Y al instante surgió la figura femenina, que, desmelenada y chispeantes los verdes ojos, esgrimiendo puñal,

lanzóse, exclamando:

—¡La mataré! ¡La mataré!

Fácil le resultó a Dago Corsi desarmar a la que, ahora temerosa y expectante, buscó refugio en el llanto, mientras él, enlazándola con severidad, la obligaba a permanecer sentada en la silla.

—¡Ay de ti! —masculló Dago Corsi—. Nada intentes nunca contra… las condesas de Montemar… ¿Y qué haces tú aquí? ¿Espiarme?

—Me moriré, Dago, si acudes de nuevo al castillo.

El gesto del bandolero tuvo gran elocuencia. Su encogimiento de hombros casi indicaba que era la mejor solución la pueril amenaza de la calabresa.

La miró cejijunto.

—Tus celos son desplazados… —mintió—. ¿No comprendes que ahora debo afianzar mi prestigio de capitán condotiero? Además…, ¡mala peste te pudra! ¿De cuándo acá debo darte explicaciones? Tú vives a mi sombra, pero no te crezcas, porque… si enojosa me resultas, mal terminarás. ¿Te hice yo alguna promesa? ¿Nos une ningún lazo?

—Antes… ninguna mujer para ti contaba.

—Te permití que siguieras mis pasos. No me hagas arrepentir de ello. Ahora te conduciré a Ajaccio…, y no rondes más la Gruta. Te alojarás en mesón… ¡Y ay de ti si vuelves a importunarme con absurdos celos e intromisiones!

—Gracias a ellos, salvé la vida de «Faciatosta». —Y de nuevo ella, en su especial cambio de temple, hízose sinuosa e insinuante —: No me riñas, Dago… Te quiero con pasión… Bésame…

En silencio, aumentó el galope del corcel a taconazos. Ella, abrazada, le besó apasionadamente.

Casi con brutalidad desprendióse ella misma del abrazo.

—No correspondes a mi pasión —reprochó, con tonalidad aguda.

Frenó Dago Corsi su caballo. Y atenazó un hombro de la calabresa.

—Atiéndeme, Bárbara. Y que cada una de mis palabras se te grave en los sesos, si los tienes. Tengo muchas preocupaciones, y no quiero que me las aumentes. No son éstos los momentos en que me place oír hablar de pasión ni de zarandajas. Como verás, estoy

amable… Ya te he dicho en otras ocasiones que tu docilidad más logrará que tus arrebatos. Obédeme… ¡Y ay de ti si reapareces ante mis ojos sin haberte yo llamado!

La contenida cólera con que hablaba Dago Corsi convenció a la calabresa. Descendió de un salto.

—Adusto —dijo, con gravedad—. ¿Por qué eres conmigo tan huraño?

—Acabando estás con mi templanza. Vete. Alójate en el «Mesón del Gallo» y espera mis noticias. ¡Andando!

—Me tratas siempre como a uno más de tus…

—Demasiada condescendencia he tenido contigo.

Y ése es el pago que merezco. Cuando te uniste a la asociación de los Hermanos Corsos, aceptaste mis condiciones. Eras la primera mujer que con nosotros vendría, y, por lo tanto, como uno más de los otros obedecerías.

—Te amo… —susurró ella, dispuesta a echarse a correr.

Varias veces había pensado Dago Corsi que, además de pasión, había extravío de locura en la hermosa y salvaje calabresa.

Y, aunque no lo quería admitir, sentía algo semejante a compasión hacia Bárbara Foscari.

Con brusquedad paso la diestra por los cabellos femeninos.

—Anda, y aguárdame en el «Mesón del Gallo».

—¿Vendrás pronto?

—Tan pronto pueda.

Puso al galope su caballo, lanzándolo hacia el litoral, donde se erguía el peñón. Cuando divisaba ya el istmo, refrenó las bridas. Desmontó, atando a un tronco su corcel.

Se aproximó a un grupo de aldeanos.

—¿Qué sucede?

—Unos señores sicilianos que quieren capturar a Gianfosco, han puesto sitio al peñón. Han dicho que si el hidalgo chiflado no les entrega a Gianfosco, arrasarán piedra a piedra el peñón. Uno de los señores ha sugerido que hagan lo que se hace con los zorros para obligarles a salir de sus madrigueras…

Dago Corsi no sabía quién era Gianfosco, ni comprendía con claridad lo que allá sucedía. Vio solamente que a través del istmo habían ido aglomerándose en la base del peñón, numerosos *bravi*.

Y sabía el ardid de caza empleado con los zorros cuando se

conoce la madriguera. Saltó a caballo, y a todo galope dirigióse hacia la Gruta de Anfítrite.

* * *

Bembo, el piamontés cobardón y holgazán, estaba escogiendo brindillas de pino. Estimaba era la mejor madera para asar chuletas. Su aroma se introducía en la carne…

Y sólo pensándolo relamíase. No obstante, fiel a su papel de feroz Bembo «Camorra», asestó una fiera mirada al realmente fiero bandido que en cuclillas soplaba en el incipiente fuego, que en el lindero de playa y bosque cercano a la gruta acababa de encender.

—¡Vete, piojo! Ya no te necesito. Y vigilad bien, o deslomo al miserable que zanganee.

Alejóse el Hermano Corso, y Bembo sopló a plenos carrillos sobre las brasas, colocando encima los ramones de pino.

Sacó del morral unas gruesas chuletas.

—¡Loor a ti, que semejas brocatel, chuleta hermosa! Un poquillo de fuego vivo, ajo, sal y pimienta, y vinillo agrio.

Chasqueó la lengua golosamente. De pronto dio un respingo, a la par que se ponía en pie.

Estaba ya acostumbrado a las «pesadas bromas» de su amo. Pero le creía muy lejos…, y ante él estaba, mirándole ceñudo.

—¡Mi amo! ¡Albricias! Te hacía allá con el turco. ¿Triunfó tu plan? Perdona… Me olvidaba…

No hay novedad. Ausente Filipo Ferrante, que está recorriendo Ajaccio, sacando el diezmo… En cintura he puesto a los tipos esos. No salen de la gruta tal como ordenaste.

Rió conejilmente el piamontés, tratando de desarrugar el ceño del que, brazos cruzados, sentía vivos deseos de estrangular al que había desnucado a su fiel lugarteniente «Camorra».

—Pareces de mal humor, mi amo. Yo… me preparaba el almuerzo…

—¡Trae acá una chuleta! Y pregunta menos, zascandil.

Presuroso, Bembo maniobró unos instantes como experto cocinero que era, y con larga astilla de pino, pinchó una chuleta que tendió al que creía Luys Gallardo.

Mientras el bandolero masticaba, dijo Bembo, riendo conejilmente:

—Los tengo a todos metidos en cintura. Me temen… Gracias que tú me presentaste como temible, mi amo. Ya les voy perdiendo el miedo. Espero que tuyos son ya los barcos del turco… ¿Está buena la carne, mi amo?

—¡Mala peste te pudra! —Gruñó Dago Corsi—. Reúne a los piojos, y tráelos acá inmediatamente. ¡Andando!

Partió corriendo Bembo, pensando que el trovador era un perfecto imitador del fiero bandido que suponía estrangulado.

Dago Corsi devoró una tras otra cuatro chuletas.

Secóse los dedos grasientos en el coleto de la camisa de Bembo, cuando éste apareció resoplando.

Lo atrajo hacia sí:

—Ahora podrás demostrar lo fiero que eres, piojo. Habrá ocasión. ¡Bucco!

A su llamada acudió uno de los Hermanos Corsos, que iban agrupándose a corta distancia.

—¿Conoces la Peña de los Monjes?

—Sí, mi señor.

—Sin ser vistos, tomad posición en el bosque, a media legua de la aldea de pescadores. ¡Andando!

Y todos vosotros, oídme bien: ¡Ay del que a mi voz no luche endemoniadamente! Van a saber los sicilianos quién es Dago Corsi. ¡Partid prestos!

Fueron desapareciendo los Hermanos Corsos.

Bembo alzó el semblante, admirado.

—¿Me quedo aquí, mi amo?

—Tú eres mi lugarteniente. Vienes conmigo. Procura seguir de cerca a mi caballo, o te pincharé las sentaderas. ¡Andando!

Resignadamente, Bembo echó a andar tras el corcel montado por Dago Corsi. Meditaba que nunca había visto de tan mal talante a su amo.

Capítulo VIII

EL CASTILLO BERROQUEÑO

Gianfosco sentía que su corazón iba a estallar. Le parecía imposible poder resistir el embate de toda su sangre agolpada por la carrera de huida.

Sangraban sus pies y tenía el rostro arañado por zarzales. Repiqueteaban sus sienes, como si pesados niazos le golpeasen en tan sensible lugar.

Pero el afán de vivir le sostenía mientras seguía corriendo, perseguido por ladridos feroces y las exclamaciones de los tres jinetes, que, entorpecidos por sus monturas, tenían que dar frecuentes rodeos en sitios donde él, a pie, podía pasar.

Pensó esconderse, y desistió. Tenía que seguir corriendo, o los perros le alcanzarían. ¿A dónde ir? Divisó la choza del tío Matías…, y sus ojos, agrandados por el pánico y el furor de verse acosado como una fiera, contemplaron la silueta que iba aumentando a medida que él se aproximaba: Giacinta, ignorante de cuanto sucedía, se disponía, cercano ya el crepúsculo, a encerrar en el interior de la choza a las escasas gallinas, una de las pobres fortunas del tío Matías.

Y aceleradamente pensó que si los Dampiero se enteraban de que allá en la cabaña habitaba su prometida, tomarían represalias en ella. Y tampoco podía refugiarse en la aldea, por el mismo temor de represalias.

Dos cosas se le presentaron ciertas: no quería dejar a Giacinta, y tan sólo el peñón ofrecía, con sus grutas, un posible refugio.

Era la única posibilidad. Distaba poco la cabaña del istmo. Oíanse lejanos los ladridos de la jauría.

Atravesó velozmente la distancia arenosa, y su irrupción asustó

a Giacinta, que le miró como quien ve a un fantasma.

—¡Estás herido, Gianfosco!…

—¡Ven! Me persiguen… ¡Ven!

Cogiéndola de una mano, echó de nuevo a correr, llevándola casi a rastras.

Oyéronse acercarse los redobles de unos cascos de caballo, y la sonora voz de Massimo Firenze gritar:

—¡Ahí está! ¡Halalí!

Desembocaban los perseguidores y las jaurías en la entrada de la aldea. Dirigióse corriendo Gianfosco, llevando en vilo, con esfuerzo postrero, a Giacinta, hacia una lancha.

Era la salvación. Penetrar en ella suponía verse libre. Faltaban veinte metros para alcanzarla, cuando al galope se interpuso Ludovico Gonzaga, que lanzó su caballo contra la pareja.

Soltó Gianfosco a su novia, y con frenético impulso saltó, arrojándose a la cintura del jinete, al cual hizo caer en la arena.

Pero ya Ercole Dampiero y Massimo Firenze acudían. Desprendióse Gianfosco de los brazos de Gonzaga, que pugnaban por retenerle, y de nuevo asió la mano de la tribulada Giacinta.

Emprendió a todo correr el camino a través del estrecho istmo, y con renovada energía trepó por las naturales escaleras que ya una vez le habían conducido a la altiplanicie donde apareció el misterioso hidalgo.

Ya el crepúsculo diluíase en las primeras sombras nocturnas. Oyéronse abajo los gritos de los jinetes obligados a desmontar, y los furiosos ladridos de la jauría.

Desde lo alto, otros ladridos no menos furiosos hicieron réplica. Giacinta, empavorecida, abrazábase estrechamente al hombre que, resollando y próximo a caer rendido al suelo, miraba arriba y abajo como incapaz ya de coordinar sus ideas.

Cuatro individuos vestidos de sayal y capucha, blandiendo sendos látigos largos, se aproximaban descendiendo.

Tras ellos, otro llevaba una antorcha, y a su luz hízose visible la figura de don Rodrigo.

—¡Favor, hidalgo! —clamó, desesperado, Gianfosco.

—No en vano invocas mi merced, Gianfosco. Te he reconocido, y aunque deploro el haber sido despertado antes de tiempo, ya que mi amada luna no ha aparecido aún a mi cita, me ha sido dado

presenciar tu valiente actitud.



Giacomo d'Evisa, inerte, tendido junto a la tudesca...

—¿Valiente, señor, huyendo?… —lamentóse el siciliano.

—Valiente, digo, porque ante el egoísta impulso de vivir, prevaleció la arrolladora pujanza de un amor verdadero. ¡Ah, el amor! Es la gran fuerza que mueve el mundo… Dadme dos enamorados, y triunfaré en todo. Pero creo que me estoy apartando

por senderos dé retórica, si bien amena, desplazada.

—Me acosan, hidalgo.

—Superflua observación, Gianfosco. Atendamos a puntos que requieren más urgencia. ¡Restallad los látigos! ¡Impedid que pise mi suelo planta que por mí no sea invitada! ¡Zumbad!

Las extrañas voces de orden movieron a los cuatro encapuchados, que empezaron a latiguear, haciendo retroceder a los perros que, azuzados, subían de tres en tres, confundidos en compacta masa aullante.

Sonaron aullidos de dolor… Gritaron los lacayos que conducían las traillas.

El hidalgo avanzó un poco, inclinándose sobre el abismo.

—Pegad mejor a los laceros. Debemos proteger a los seres débiles, tales como los niños y los perros. ¡Despejad!

Uno de los lacayos rodó ladera abajo, empujado por un látigo, y por perros, que desordenadamente bajaban a toda prisa.

—Por el instante voy siendo dueño de la situación, como siempre —comentó el hidalgo—. Ahora, señora —e inclinándose galantemente ante la cohibida Giacinta—, hacedme el honor de consideraros la reina de mi castillo. Tened la bondad de seguir a este servidor. ¡«Pachorra»! Acompaña a mis invitados a la gruta tercera.

Reiteró su saludo, mientras alejándose, empujada y abrazada por Gianfosco, la muchacha susurró:

—Está loco, Gianfosco.

—Bendita sea su locura, que nos protege.

En la base del peñón, Ercole Dampiero fulminó con imprecaciones a los lacayos, que a duras penas podían ir reuniendo los perros apaleados.

—¡Hatajo de cobardes! ¿Vamos, Massimo? Quedaos con las damas, Ludovico. Iremos a ver quién se opone a mis justas reivindicaciones sobre un siervo de mis dominios.

Ascendieron los dos. El hidalgo lunático los veía llegar con torva sonrisa sarcástica.

No obstante, cuando ambos señores llegaron a la pequeña plataforma, don Rodrigo saludó ceremoniosamente:

—¿A qué debo el honor de recibir tardía visita de sus señorías? Tengo a orgullo llamarme don Rodrigo y ser hidalgo cordobés.

—Español… —susurró, por lo bajo, Firenze.

—Ercole Dampiero —anunció, con majestuosidad, el siciliano—. Mi acompañante es el caballero1 Massimo Firenze. Servios entregar al siervo que, perteneciendo a mis dominios, aquí se ha refugiado.

—¿Vuestros dominios? Cuidad lo que decís, caballero Dampiero. Aquí no hay más dominio que el mío.

—Éste… es peñón inhabitado…

—Era… Hablad con más propiedad. ¿No me veis aquí?

—Exijo me sea entregado el villano que…

—Hasta aquí os he tolerado, caballero Dampiero. Me temo que si continuáis hablando así, bajaréis mucho más de prisa que habéis subido. No me obliguéis a ello, que repugna a mi cualidad de hidalgo y dueño de este castillo.

—Pero… ¿qué demontres de castillo estáis citando? —inquirió, sorprendido, Ercole Dampiero.

—Lo es, y berroqueño —dijo don Rodrigo, dando un taconazo en la piedra—. Que castillo es, y berroqueño, el suelo que yo piso.

—Mirad, señor —intervino apaciguador Firenze, convencido que se las habían con un loco—. Gianfosco, en el dominio siciliano de Dampiero, mató al hermano del caballero aquí presente. Justo es, pues, que reciba castigo.

—Muy justo —aprobó el hidalgo.

Serenados, y con esperanza de convencer ya al estrafalario personaje, insistió Massimo Firenze, orgulloso de su talento diplomático:

—Puesto que lo consideráis justo, hacednos la merced de entregarnos al llamado Gianfosco.

—Cazadlo en tierras sicilianas, que mientras en mi castillo tenga acogida, nadie pasa de aquí. —Y, desenvainando prontamente, trazó el hidalgo una línea imaginaria en el duro suelo.

Desenvainó colérico Dampiero, que como Firenze era excelente espadachín. El encapuchado portador de antorcha separóse hacia atrás.

Los dos sicilianos cargaron a la vez. Entablóse recia reyerta, y, brillantes los ojos, el hidalgo pareció disfrutar unos instantes.

Por fin, en doble latigueo hercúleo, hizo saltar los aceros de manos de sus dos adversarios. Las espadas vencidas cayeron abajo.

—Id por ellas, antes que os ayude a empujones, mis señorías. Y

sin rechistar… Tenéoslo por dicho. Quien de esta raya pase, que rece, porque será su último acto humano.

Prudentemente rompió hacia atrás Ercole Dampiero, retirándose con su amigo, lívidos de rabia y humillación.

—Volveremos —dijo, sordamente, Dampiero.

Inclinóse el hidalgo en leve reverencia.

—Siempre está mi tizona toledana a vuestra disposición, señorías. Doy clases gratuitamente y sin daño, mientras mi paciencia no se sulfura.

Cuando ya ambos sicilianos llegaban a la base, don Rodrigo se dispuso a ascender.

Antes de desaparecer, ordenó:

—Vigila, «Tabarra». Dame la antorcha.

Poco después entraba en la gruta, donde Gianfosco miraba ávidamente una chalupa, y Giacinta, con temor, contemplaba de soslayo al encapuchado vasco.

—Os rogaría, señora, que me hicierais el alto honor de adornar, con vuestra exquisita delicadeza, estos míseros muros. Pero juzgo más hábil que a favor de la noche, y en vista de la tardanza de mi amada luna en presentarse, mi servidor os lleve en la chalupa hasta litoral menos poblado. Tiempo tendréis de regresar cuando se ausenten los que quisieren imponerme a mí —y apoyó con énfasis en la última sílaba— sus autoritarias soberanías de poca monta. ¡«Pachorra»! Conduce a los señores, a fuerza de remos, hasta mejor lugar.

—¿Cómo agradeceros, señor?… —empezó ella a decir.

Inclinóse en profunda reverencia el hidalgo:

—Es mía la gratitud, por poder cumplir con una de las máximas más preciadas de mi código de honor: servir a una dama. Y quedo vuestro servidor, para lo que gustéis mandar.

—De por vida, disponed de mí —exclamó Gianfosco.

—Dispondrá esta exquisita dama, Buen viaje, y tratad de nunca poneros al alcance de los que chasqueados quedarán.

Salió la Chalupa por la negra boca, internándose en la penumbra del mar libre.

El hidalgo tardó unos momentos en moverse. Lo hizo al fin, y asomándose, miró al negro cielo estrellado.

—¿Do estás, amada?

El magro semblante mefistofélico tuvo por unos instantes una, serena expresión de melancolía.

Duró poco. Recuperó la faz su sardónica mueca burlona al decir en voz alta:

—Tiempo ha que no tengo diversiones. No creo que el caballero Dampiero se retire sin intentar desquitarse. Considero, pues, que queda sitiado, hasta que me plazca, mi castillo berroqueño.

CAPÍTULO IX

EL ASEDIO

Massimo Firenze fue el que, apenas llegados a la base del peñón, propuso la mejor solución al problema que presentaba la terca negativa del lunático.

—Finjamos retirarnos, Ercole. Nada conseguiremos desde aquí, por el instante.

—¿Renunciar? ¡Nunca!

—No me habéis entendido. Acamparemos más allá del istmo. Y si acaso, tranquilizado ya el villano, regresara hacia aquí, esta vez no escapará. Yo sugiero que Ludovico y yo vayamos a Ajaccio a reclutar asalariados bravis, y con ellos, mañana por la mañana, no sólo apresaremos al felón, sino que rebajaremos el orgullo de este loco español. ¿No os parece la mejor solución?

—Excelente.

—¿Cuántos hombres recluto?

—No escatiméis. Tomad mi bolsa, y sacad otra de las arcas. Volved con una cincuentena de perillanes, que ardo en deseos, no ya de castigar al asesino, sino también de hacerle saber a este español quién soy yo. Id presto, mi buen amigo.

—Estaréis fatigados —intervino Fausta Dampiero—. Sería mejor cenar ahora, descansar, y al romper el alba, en el mercado hallaréis mejores y más propicios secuaces.

No insistió mucho Firenze, que hallábase más deseoso de dormir que de combatir. Transcurrió la cena sin alegría.

Acomodaron los lacayos y doncellas los lechos y baldaquines endoselados.

Retiráronse todos, e iba a hacerlo Ercole Dampiero, cuando su mayordomo se interpuso, respetuosamente.

—¿Qué quieres, Serafino?

—¿Me es lícito participar a su señoría el descubrimiento que han verificado los lacayos?

—Habla.

—Gianfosco no escapó, señoría.

—¡Qué memez! No seas sandio, Serafino.

Adoptó el mayordomo un continente de sabio ofendido, que en posesión de la verdad, se ve tildado de visionario.

—¿No has presenciado acaso cuánto ha acaecido, malandrín? ¿No es ahora de noche? ¿Quieres hacerme creer que reluce el sol?

—Perdonad, señoría, mi cortedad de medios al expresarme y que os ha inducido a justa confusión. Quise decir que Gianfosco no escapó por sus propios medios. No rompió las ligaduras, sino que éstas fueron limadas con acero.

Examinó, en la tienda montada para su descanso, las cuerdas que le presentó el mayordomo. Veíanse muy evidentes las marcas de rozaduras limpias causadas por instrumento cortante.

—Pudo él… —insinuó Dampiero—. Podría tener un cuchillo y con él liberarse.

Triunfalmente, el mayordomo rebatió la suposición:

—Las cuerdas estaban cortadas junto a los nudos, señoría. Y los nudos estaban tras el tronco, lejos del alcance del prisionero.

—¡Maldición! ¿Quién ha sido el hijo de perra que tal desmán cometió en escarnio de mi autoridad?

El carilleno semblante del mayordomo expresó con elocuencia que tenía temor de revelar lo que sabía.

Y aun para el obtuso Dampiero fue evidente el significado.

—¡Habla, perillán!

—Temo que su señoría se disguste fuertemente.

—¡Te ordeno que hables!

—Vuestra hermana, señoría.

—¿Eh? ¡Te voy a azotar! ¡Vas a servir de pasto a mis perros! —Y uniendo la acción a la palabra, dedicóse Dampiero a vapulear con energía a su mayordomo.

Éste trató de escapar. Lo consiguió, porque en el umbral de la tienda se interpuso en el camino de su hermano, Fausta Dampiero.

Ésta había obedecido a un fugaz impulso, al liberar al prisionero. Había, oído la conversación.

Contuvo a su congestionado hermano.

—Ten calma, Ercole. Ya sabes que en la digestión te es perjudicial el alterarte.

—¿Sabes lo que se atrevió a insinuar este maldito Serafino?

—No.

—Que Gianfosco escapó porque tú cortaste sus cuerdas. Y, por cierto, ¿dónde andabas tú cuando…?

—Yo fui quien cortó las ligaduras. ¡Calma, Ercole! ¡No soy tu mayordomo! ¡Atrás, o te hiero!

Y exhibiendo su daga, mostró Fausta Dampiero una decidida intención de no dejarse golpear.

—Eres incapaz de comprender nada, Ercole. ¿No discutíais el mejor modo de divertirnos; a expensas del villano? Yo lo hallé… Apenas vi que Massimo se acercaba, di suelta al jabalí: así era más excitante. Os produjo mayor satisfacción. ¿Qué culpa tengo de que fuerais tan torpes que lo dejarais, escapar, para prolongar la diversión?

La admiración substituyó en Ercole a la indignación. No obstante, se lamentó:

—Ahora no hay diversión, por culpa del loco del peñón.

—Mañana la tendrás.

Tranquilizado ya, con la promesa de un día próximo a amanecer, en el que demostraría que nadie podía oponerse a sus deseos, Ercole Dampiero durmió pacíficamente.

Mediado el día, regresaron Massimo Firenze y Ludovico Gonzaga con los bravis reclutados. Eran la hez y la escoria de los asesinos a sueldo que en el mercado de Ajaccio rondaban, divididos en facciones.

Solían reunirse por facciones en tabernas, mientras el que oficiaba de jefe de ellos aguardaba que se presentara alguien para alquilar los servicios de su grupo.

Habíales explicado ya Massimo Firenze de lo qué se trataba. No obstante, la seguridad y las promesas que en Ajaccio ellos hicieron de arrasar cuanto se opusiese a su avance, determinaron ahora tener una conferencia entre ellos.

Resultó que estimaban más asequible apuñalar en terreno llano y desde prudente distancia, a tener que trepar por escarpados senderos.

Y el que se abrogó funciones de jefe, resumió lo acordado.

Lo hizo con solemne tono de estratega concienzudo:

—El acceso es difícil. Ellos, los de arriba, tienen la ventaja. —Y su siniestro semblante demostraba que aquello no era lo adecuado —. Habrá pérdidas entre nosotros. Si la generosidad de Sus Señorías…

La insinuación irritó a Ercole Dampiero. Siguieron las conversaciones.

Fue de nuevo Massimo Firenze el que después de largas discusiones, halló una solución ecléctica y acomodaticia.

—Vosotros rodead la base. No tendréis que asaltar. Bien protegidos, esperaréis que desciendan los de allá arriba.

—¿Y cómo van a bajar? Tened en cuenta, Señoría, que si allá arriba están seguros, se quedarán.

—Cumplid —ordenó, secamente, Firenze.

Los bravis, por grupos, aglomeráronse en la base del peñón, traspuesto el istmo. Miraban prudentemente hacia lo alto, donde nada se veía. Parecía que no había nadie en el horadado peñón.

Ercole Dampiero felicitó efusivamente a Massimo Firenze cuando éste se Explicó:

—El asedio daría resultado a la larga, pero tenemos prisa por regresar a nuestra tierra. Por lo tanto empleemos el recurso de los cazadores que han acosado el zorro, obligándole a meterse en la madriguera. ¡El fuego! Ahumarlos…

—¡Prodigioso!

Diéronse las órdenes, pero los lacayos, aunque ayudados por bravis, tardaron en reunir haces de seca madera.

Mientras los amontonaban, surgió una nueva discusión.

El jefe de los bravis manifestó que lo difícil no era cazar el gato, sino ponerle el cascabel al cuello.

Aquella ironía no resultó del agrado de Ercole Dampiero. Acudió de nuevo Firenze en su ayuda.

—Encended los haces, y con larga pértiga aproximadlos a las bocas abiertas en la roca. Lo demás será fácil. Ahumados, saldrán… inermes y fáciles de matar. ¡A la obra!

Brotaron las primeras llamas. Pero ardieron los haces sin llegar a elevarse, porque una voz estentórea, clamaba:

—¡A ellos, Hermanos Corsos!

Las tres mujeres que presenciaban a distancia el asedio, al observar la vertiginosa furia con la que atacaban, denodadamente los bandoleros llevando a su frente a Dago Corsi, recluyéronse en una de las casonas de la aldea.

Generalizóse el combate con sanguinario encarnizamiento. Bembo, halló una honrosa retirada zambullándose en el agua. Pretextaría haber caído en el fragor del combate…

La frialdad con la cual todos los cadáveres, tanto enemigos como de sus compañeros, eran arrojados al agua; el espectáculo de los heridos bandoleros, curándose bestialmente con remedios tan radicales como hoja candente de sus puñales tintos en sangre; la insensible impavidez con que Dago Corsi pasaba recuento a los supervivientes, sembró el pánico en las tres mujeres, que seguidas a toda prisa por las doncellas, se retiraron del lugar, bien dispuestas a embarcar cuanto antes hacia su isla.

Bembo, sudoroso y remojado, acudió sacudiéndose como perro que del agua sale.

Se aproximó al que creía el trovador:

—Fiero combate, mi amo. Derribé a más de cuatro. He luchado como los mejores.

—¡Mala peste te pudra, lechón mendaz! Permanece aquí, con los piojos, hasta que órdenes recibáis.

Desmontó entregando las riendas a Bucco, y pronto, ágilmente, desapareció en una de las altas oquedades del peñón.

CAPÍTULO X

MÁS CLARIDAD

Hizo Don Rodrigo un gesto de fastidio, cuando yacente en su ataúd, oyó campanillear los cortinajes. Máscara de Cera se presentó:

—Medio centenar de hombres se dispone a asaltar el peñón. He creído necesario advertiros.

—Detesto la luz diurna, y maduro soy para cambiar de principios, aunque inteligencia me sobra para dictaminar que es imbécil el que a una sola creencia se aferra. Tal como dispuse, que cada hombre se mantenga en su sitio. Me acicalaré por si preciso inspeccionar.

Levantóse a medias, quedando sentado en su fúnebre lecho.

—Tras la máscara adivino tu pensamiento. ¿Crees que no regresará ya el lobezno?

La femenina enmascarada, quedóse en silencio.

El hidalgo agitó un largo dedo huesudo.

—Con un vaso de obscuridad se embaucan más hombres que con una cuba de transparencia. Eso acaba de dejar escrito un hombrecillo llamado Niccolo Machiavelli. Y yo ante los ojos y a los o del lobezno he agitado un vaso obscuro de posibilidades, con escasa transparencia. El lobezno no es un cerebro fuerte. Está intrigado. Volverá. Me tiene respeto. Lo he fascinado. Soy dueño de su voluntad. Siempre mandó, y ahora, reconoce mi superioridad. Me acatará. Y está enamorado, factor importantísimo.

Los que asedian, parece que se disponen a encender haces de leña, para conseguir su propósito.

—Encenderlos está al alcance de un niño. Traerlos hasta aquí, ya es harina de otro costal. Concédeme la merced de retirarte. Debo proceder a mi aliño.

Con lentitud procedió a vestirse. Acarició la calavera cuando entró en la sala que llamaba pomposamente su «celda de meditación».

Y enfrascóse en la lectura de un reciente libro: «El Príncipe». Intercaló el índice entre dos hojas, al aparecer Máscara de Cera, precedida por el habitual campanilleo de los cortinajes.

—Dago, al frente de sus hombres, ha aniquilado a los sitiadores. Está subiendo hacia aquí.

—Introdúcelo a mi presencia.

Cuando Dago Corsi penetró en la sala, el hidalgo depositó el libro sobre la mesa. Señaló el escabel:

—Tomad asiento, señor lobezno. Venís sin duda a recibir mis plácemes. Os tengo que defraudar. Sois un necio.

—¿Por qué? —Se engalla Dago Corsi—. A no ser por mí, mal os hubierais visto en vuestra topera.

—Presumo que habéis ido a buscar los que llamáis piojos y que en la gruta de Anfitrite se agazapaban. ¿Y ahora qué, señor lobezno? Si regresan, informarán incidentalmente a vuestro… mellizo.

—Pueden quedar aquí.

—En ello coincidimos.

—Daré la orden.

—Emplead mejor los términos. En este mi castillo, las órdenes yo las doy.

—Ellos sólo a mí obedecen.

—¿Sí? Vuestra ingenuidad me pasma. Obedecieron a Luys Gallardo. En fin, por suerte, aquí estoy yo, con la potencial luz de mis sesos. Contadme lo que hicisteis.

—Si mi gente aquí se queda, Luys Gallardo al percibir su falta…

—Va tan barata la vida humana en Ajaccio, que los creerá aniquilados por otros lobos. Contadme lo que hicisteis. Gracias a mis medios de información, pude haceros saber que en la casa d’Evisa corría peligro vuestra adorada.

—¡Quiero casarme con Alicia de Montemar! —exclamó, impetuosamente, el bandolero.



—¿Tenéis orden que darme, messer?

—De acuerdo. Escucha, hijo… No tuerzas el gesto. Hasta hoy, ¿qué has logrado? Pocas compensaciones. Por eso acudí. Quiero enseñarte a coger la vida por el gaznate y hacerle escupir algo grande. Ser poderoso, temido, señalado, pero respetado y acatado, no ya por medrosos asesinos, sino por la gente honrada. Yo, como asesor tuyo, y serás el rey de Ajaccio, sin temor a extranjeros.

—Ambicioso sois. ¿Qué fin perseguís?

—Gobernar. Yo el cerebro, tú el brazo.

—No os necesito, señor. Las Montemar me aceptan.

—¿Sí? Averiguarán que no eres Luys Gallardo, si no proporciono yo los medios para evitarlo. Tengo un hombre que en el puerto espera el regreso del trovador. Sólo yo podré convencer a tu hermano, de que bajo mi tutela paternal, te enmendarás. Él seguirá su camino en lejana tierra, y… siempre será para las Montemar, el trovador. Bello engaño. ¿No lo apruebas? Ceño hosco el que me presentas, desagradecido.

—Habláis con sarcasmo de cosas que… sagradas son. Tutela paternal, mi hermano… ¿Tenéis alma, señor?

—Necia pregunta. Eres tosco e inculto, Dago. Si hubieras leído, sabrías que «El Príncipe» es el hombre mitad zorro, mitad león. En habilidad histriónica puedes vencer a Luys Gallardo. Si las Montemar supieran que eres Dago Corsi… ¡adiós tus futuros ensueños!

El bandolero comprendía que el hidalgo tenía razón. Pero hallaba repugnancia en calificarlo, aunque fuera mentalmente, con el nombre de padre.

—Dispuesto estoy a obedeceros, señor, porque vuestro interés parece coincidir con el mío.

—Mientras tú aquí, aguardas el feliz momento de enlazar en honesto matrimonio, que te dará prestigio y cualidad de hombre de Estado, Luys Gallardo vigilado por mí, no tendrá tiempo que perder en visitas a tu futura. Se aproxima un recio ataque…

—¿Cómo lo sabéis?

—Sé mucho.

—¿Los genoveses?

—Sí. Un ataque de envergadura. Es posible que Luys Gallardo lo rechace. Es posible que sucumba.

—¿Cómo es posible que así podáis hablar con tanta frialdad del que es… vuestro hijo?

—Cada cosa a su hora. No permitiré yo que muera el arrogante trovador. Tampoco permitiré que te descubra. Pero también si hay hechos que le asombran… servirá mis propósitos. La penumbra intriga. La claridad apabulla.

—Suponéis que hombres y vidas son juguetes de vuestro

capricho.

—¿Capricho? Hacerte gobernador de Ajaccio conde de Montemar, hombre célebre, es un capricho difícil.

—¿Por qué queréis mi triunfo?

—Tal vez como compensación. Tal vez porque me guste la idea de ser el asesor de Su Excelencia el gobernador de Ajaccio.

Dago Corsi avanzó el busto. Tendió un índice acusador hacia el que, piernas extendidas y manos cruzadas sobre el estómago, le miró con burlona benevolencia.

—¡Sabré la verdad! Desde un principio, se me antoja que perseguís un extraño fin, que se me escapa. No os burlaréis de mí… ¡ni de mi hermano!

¡Y ay de vos si…!

—Sosegad el ánimo y reportaos. Comprendo que tenéis dudas. No sabéis si soy un genial embaucador, un portento tenebroso, un loco sobrenatural o solamente un hombre ambicioso, que ha olvidado su antiguo rencor, nacido el día que nacisteis ¿no tenéis vos una máxima? ¿No decís que hay que dejar tiempo al tiempo? ¿No os parecen hasta ahora favorables mis intervenciones? Si veis que fallo en uno solo de mis consejos, o que os perjudico, muy hombre sois y el diablo os llaman.

En el silencio que siguió, oyóse tan solo la respiración del bandolero.

Por fin, habló de nuevo el hidalgo lunático:

—Esencialmente lo que ahora os interesa es saber que cuando pise tierra de Ajaccio, Luys Gallardo será advertido detalladamente y por un conducto insospechado de la invasión que se avecina.

—Cuanto él hará, pudiera yo hacer.

—No. Os falta ductilidad, simpatía. No tenéis la fuerza de la atracción que emana de Luys Gallardo. No podíais ser idénticos en todo, señor lobezno.

Él, es turbulento y travieso; vos, áspero y serio. Dejad que los acontecimientos me den la razón.

—Tortuosos son vuestros caminos.

—Toda magna empresa tiene un velo de niebla.

—Si os complace jugar en fuego, no olvidéis que yo ardo peligrosamente.

—No lo olvido.

—¿Quién es Máscara de Cera?

—En su día todo lo sabréis. Pero os repito lo que ya os advertí. Ella es quien menos sospecháis, y no tratéis de averiguarlo vos mismo con violencias.

—¿Tratáis de confundirme rodeándome de misterios?

—Trato de convertiros en gobernador de Ajaccio, emparentado con los Montemar, y acatado con respeto por el mundo entero. ¿Podía aspirar a más un corretón bandolero, pastor de hienas?

—Si limpios son vuestros propósitos, ¿por qué no citar aquí a… mi hermano? Él es noble, es cabal… y generoso.

—Llevo las cosas a mi modo, zagal —dijo secamente, por vez primera, el obsequioso hidalgo de parla siempre mesurada—. Poco pesa tu seso, para intentar enmendarme. De habérmelo yo propuesto, gran personaje sería donde quisiera. Tal vez una noche la luna dejó oír su voz que sólo yo entiendo… y me suplicó que comprendiera el honor que para mí sería hacer de un cachorro lobezno, un gran señor, como le pertenece a quien de mi casta es.

—¿Y de… Luys?

—Cuando lo quiera, valiendo lo que él vale y lo que yo atesoro en conocimientos, príncipe lo haré. Por el instante, que tus piojos se queden todos aquí, sin excepción. Y cuando el trovador pise suelo de Ajaccio, recibirá noticias que le mantendrán atareadísimo. Podrás sin peligro seguir visitando a tu adorada. Pero hazme caso… Elige las noches… La luz de luna favorece los amores…

Epílogo

Gallarda y armónicamente bien proporcionada, la galera de larga proa rematada por afilado espolón, avanzaba cortando el azul intenso de la amplia bahía del golfo de Ajaccio.

Los remos inútiles al soplar el viento, aparecían proyectados hacia atrás, casi adheridos al casco ojaleado, formando como un adorno más de la nave que hasta aparecer Luys Gallardo, había sido orgullo y símbolo del dominio de Abdul Hamez, El Poderoso.

En el castillete de popa, Truand Lascar, el capitán corsario recientemente liberado del remo, era ya un hombre bien distinto al bretón semidesnudo y provocativo que había desafiado a Abdul Hamez, con sus impertinencias.

Registrados varios cofres, habían dado fruto sus rebuscas. Unas altas botas negras, unas ceñidas calzas azules, casaca del mismo color, una espada ricamente cincelada con su tahalí rojo y una daga de empuñadura de joyas, convertían al ex cautivo en un distinguido caballero.

La claridad de sus ojos, que se hacían densos al embestir como un toro, según su modo de pelear, parecían no saciarse en la contemplación del mar que volvía a ser su camino libre.

Diseñábase en el horizonte la blanca línea que señalaba la situación de la capital corsa.

Al pie del mástil, uno de los cinco bretones también liberados, aguardaba la voz de su capitán, para transmitir las órdenes concernientes a la maniobra.

—¡Soltad la mesana y las gavias!

La galera aminoró su marcha, bamboleándose majestuosamente.

Truand Lascar volvióse hacia el trovador, que, reclinado sobre unos almohadones esplendorosos en tela y color, pellizcaba con indolencia las cuerdas de su laúd de plata.

Y según el convenio entre ambos, aunque sabedor ya de que era

un audaz trovador el que suplantaba al Diablo Corso, Truand Lascar preguntó:

—¿Tenéis orden que darme, messer?

—Aprendiz soy del arte de navegar por mar, capitán Truand. Pero se me antoja que esta nave bien vuestra, apesta a turca. Cabe la posibilidad de que, sembrada la alarma, nos acojan a golpe de lombarda. Tal es mi opinión.

—Y la mía, messer. Aunque ahora estamos muy distantes del alcance de bombarda.

—¿Cuál es la costumbre de la nave que recala en puerto donde no es esperada?

—Destacar chalupa con emisario pidiendo entrada.

—Destacad, pues.

—Suele también ser costumbre exponer a la máxima autoridad, el motivo de anclar: mercancías, especias, petición de víveres. Naturalmente, así se actúa cuando la nave es regular.

—¿Qué entendéis por regular?

Señaló Lascar la cúspide del mástil, que aparecía desnuda de todo pabellón.

—La que no navega como ésta.

—Vos erais corsario. ¿Con que insignia navegabais?

—Primero, con la del rey de Francia… Después, con la mía muy personalísima.

—¿Que era…?

—Una cabeza de gallo de cresta muy roja.

—Me place. Pediré a la mejor bordadora de Ajaccio que en breve plazo nos procure tres pabellones con vuestro emblema.

—Disiento. Respetuosamente, os diré que me abruma vuestra excesiva generosidad. Prácticamente España gana muchas guerras, pero pierde los frutos, por hidalguía. Acepto que mi pabellón ondee en una nave. En cuanto a las otras dos, tanto como ésta, vuestras son.

—Duelo de cortesías, amigo. ¿Y que hago yo con dos naves?

—Regalad una a Ajaccio.

—Buena idea. ¿Y con la tercera?

—Capitaneadla.

—Hermoso es el mar, pero no creo en las sirenas. Y si damas no veo, respirar no puedo.

—Compartid amores. Que el mar sea vuestro camino, y los puertos tierra de femeninos halagos. Y que la bronca voz del mar y sus salobres caricias, os den nostalgia de nuevos halagos dulces. Es la vida más bella que puede soñarse. Según habéis tenido la gentileza de revelarme, vos os habéis propuesto que las fuerzas criminales que capitaneaba Dago Corsi, sirvan a buena causa. Logradlo… y después tened los amores del hombre libre: una nave, un caballo y una espada.

—Buen pico tenéis, Truand. Y el mar me ha enamorado. Haré que el nombre de Dago Corsi sea en lo futuro pronunciado como el de un bienhechor de Ajaccio. Y por otras latitudes, seguiré campando con mi nombre, que no tengo por qué encubrirlo. Ahora si os parece, a tierra iremos con la chalupa. Dago Corsi dará lección de esplendidez al Podestá.

* * *

Giordano Stefano, Podestá de Ajaccio, era un carácter sinuoso, como la época exigía, Y para mantenerse en su cargo, precisaba de muchos espías. Uno de ellos, era el que en aquellos instantes resumía varios sucesos.

—… y eso es cuanto por lo que a Génova respecta, se ha averiguado, Excelencia.

—Hablemos ahora de mi caro amigo Dago Corsi.

—Es escurridizo, Excelencia. No obstante, en dos lugares ha podido comprobarse su paso.

—¿Por los cadáveres? —preguntó, con negligente ademán, el Podestá.

—Nada se os escapa, Excelencia. En una casa del exterior, que parece ser propiedad de un enmascarado conspirador, cuya identidad, messer Corsi debe conocer, un individuo posiblemente agente de El Pulpo, y su séquito de *bravis*, han sido exterminados. Fue también hallado el cuerpo sin vida de Gubio Orsini.

—Lamentable, lamentable —suspiró Stefano, aspirando el aroma de varias rosas que en espléndido búcaro adornaban su mesa—. Pero es justo que messer Corsi se divierta, sobre todo si a la vez, mata a sus semejantes. ¿Qué más se sabe de sus andanzas?

—En la mansión de Giacomo
d’Evisa,

éste ha aparecido apuñalado abrazado al cuerpo estrangulado de su segunda esposa, Beatriz Goldstein. La desconsolada hija, expone que messer Corsi liberó a las condesas de Montemar misteriosamente prisioneras y que luego su difunto padre quedó a solas con Beatriz, la tudesca.

—Infortunado matrimonio. Siempre pensé que Giacomo d'Evisa hizo un enlace desigual. Era demasiada mujer Beatriz para un hombre como él. ¿Y qué más?

—Fue visto Dago Corsi, saliendo de la Gruta del Anfitrite con sus hombres. Hubiera sido muy arriesgado seguirle…

—Bien. Podéis retiraros. Tarde, o temprano messer Corsi me hará el solemne honor muy molesto de visitarme.

* * *

La chalupa quedó amarrada a uno de los postes de los muelles de Ajaccio. Desembarcaron Luys Gallardo y Truand Lascar.

Desde lejos, un hombre adosado a un hacinamiento de mercancías que esperaban ser embarcadas en un galeón romano, susurró a una mujer que a su lado estaba:

—Aquél es. Ve, y ya sabes. Cautela y discreción.

Veló la mujer a medias el rostro con la capucha de su capa, prenda usual de las damas italianas. Aproximóse a Luys Gallardo.

—Perdonad, messer Corsi. No me juzguéis mal.

—Por el tono de voz os juzgo muy bien, señora. Tenéis resonancias gratas al oído. ¿En qué puedo serviros?

—Acaso yo a vos, messer.

Discretamente, Truand Lascar apartóse unos pasos.

Luys Gallardo sintió en su mano el roce de la femenina diestra, satinada y fresca.

—¡Ahora no! —suplicó ella —. Nos miran, messer. Hasta pronto.

No hizo nada el trovador para detenerla; se unió al bretón, y en silencio caminaron unos instantes en dirección al palacio del Podestá, que sobresalía del resto de los edificios.

—Callado sois, capitán Truand.

—En Francia me enseñaron a no inmiscuirme en galantes citas.

—¿Eso creéis?

—¿Qué otra cosa pudo ser? Hábil fue la dama, pero agudos son

mis ojos.

Desdobló el trovador el papel recibido tan misteriosamente. Leyó, sonrió y lo tendió a Truand Lascar, que hizo un gesto de extrañeza, como de sorpresa desagradable.

—No os hago partícipe de amoroso deliquio, capitán. Leed y veréis que a veces Eva no trae sólo mensajes de delicados halagos.

Truand Lascar leyó primero con recelo, luego con gran interés:

«Messer Corsi:

»Más fácil es incendiar palacios y aterrorizar pastores o exterminar ladronzuelos, que pretender ser genio de guerra. No obstante, soy vuestra amiga.

»En agradecimiento a haberme perdonado, y dejarme vivir, os quiero confiar un valioso secreto. No han de tardar en presentarse los invasores.

»Han sido convocados los célebres condotieros Bracco Montano, Tulio Pandolfo y Curzio Castiglione. También se dice que con el mismo fin, el enigmático guerrero teutón del peto de plata que reza: "Sin Piedad", ha sido citado en el palacio de los Consejeros de, la Serenísima República de Génova.

»Puedo afirmaros también que hay naves dispuestas para la expedición. Demostrad que podéis ser el genio bélico que Ajaccio y Córcega necesitan.

»¿Quién soy? Una mujer agradecida».

—No hay trampa —dijo Truand Lascar, devolviendo el mensaje —. Huele a rosas y almizcle, pero no hay cita ni engaño. Vos podréis adivinar de quién se trata.

—Prefiero suponer que alguna vez Dago salvó una vida

femenina. Por el instante, lo que parece cierto es que la amenaza latente va a estallar.

—¿Conocéis a esos condotieros?

—No.

—A uno de ellos, sí lo conozco. Al apodado «Sans Merci». Y os garantizo que no es un ridículo fanfarrón. Tiene inteligencia, bravura y fiereza. Se ha batido mucho y bien en campos franceses y nosotros tenemos una buena costumbre: no quitamos valor a nuestros adversarios, ya que con ellos nos engrandecemos al vencerlos, o no nos humillamos al ser vencidos.

—Celebro que se avecine el momento en que pueda comprobar mis dotes de aprendiz a capitán de mar, bajo vuestra sabia tutela, Pero ahora, visitaremos al Podestá. Que sepa que Dago Corsi tiene a bien obsequiar a Ajaccio con una nave y defenderla con otras dos, en alianza con el indomable gallo de la cresta roja. Y… ya pueden venir los invasores. Serán recibidos como corresponde, a quienes se creen encontrar una ciudad sin naves.

—Lo que menos suponen es que laúd en ristre y sonrisa en los labios, un galante aventurero español se apresta a iniciar su carrera de libre pirata caballeroso. Espero que antes de embarcar, confesarán sus muchos pecados, nuestros próximos contendientes los invasores.

PRÓXIMO EPISODIO

LOS INVASORES



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por

primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Véase Islas Sangrientas. <<

[2] Véase Islas Sangrientas. <<